

## PAUL GROUSSAC EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

por

Mario Tesler

con la colaboración de

Germán Álvarez

### RASGOS PERSONALES, SU ADMINISTRACIÓN

Casi treintañero, en carta del 4 de marzo de 1877 a Mercedes Alcorta de Beltrán, su futura suegra, Groussac se reconoce irónico, de mal genio, susceptible, y con *otros defectos que pueda tener*. Aunque ya conocido, este documento lo trae León Benarós en el epistolario de su *Paul Groussac en el Archivo General de la Nación*, publicado en 1998. En una de las dos series que integran su obra *El viaje intelectual, impresiones de naturaleza y arte*, Groussac confiesa su *aspereza* y carencia de *humildad*, pero su auto indulgencia puede más y asegura -no obstante- *haber sido bueno*.

Siendo *un muchacho de veinte años* Manuel Gálvez, que en el verano de 1903 conoció en Mar del Plata a Groussac, quién por entonces tenía 55, lo recordó con ecuanimidad en el primer tomo de sus memorias; de él es este boceto de retrato: *Su físico estaba en íntima correlación con su carácter: hombros puntiagudos, facciones angulosas, nariz afilada. Todo en él eran puntas y aristas*. Solamente esto reproduce David Viñas en *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*, dado a conocer en 1998 por Sudamericana. Tal vez por descuido, Viñas no tomó de Gálvez que Groussac era *hombre de pocas palabras y de frases malignas, de carácter agrio y difícil, que daba impresión de sequedad*.

Páginas más adelante, en esas memorias Gálvez agrega para un retrato de esta figura que *no era un hombre malo, pero sí un amargado, aunque no carecía de sentimientos bondadosos*. Al recordar una carta que Groussac le envió agradeciéndole su primera novela, donde alude con severidad a la prosa de su propia obra *Fruto vedado*, opinó *que no merecía la fama de orgulloso y vanidoso que le habían dado, y cómo ¡Carlos! Pellegrini se equivocó al decir que el mejor de los negocios era comprar a Groussac por su real valor y venderlo por lo que él creía valer*.

Otros muchachos, Aristóbulo Echegaray y César Tiempo, lo incluyen entre *los literatos cuya dilatación hepática hace peligrar la estabilidad de su materia gris*, esto lo expresaron desde las columnas de la revista *Martín Fierro* en el número del 5 de mayo de 1925.

De las revistas culturales argentinas contemporáneas a sus últimos años de vida, tal vez sea *Nosotros* la más recordada por cuanto se ocupó de su personalidad y de su obra. Incluso había sido agasajado por sus directores y colaboradores con una demostración pública el 20 de noviembre de 1919. Pero lo trascendente es que las páginas de *Nosotros* dieron cabida a variadísimas opiniones sobre él, sobre sus libros, sus métodos, su estilo; además en este sentido contribuyó la diversidad de autores que logró concitar este tema<sup>1</sup>.

Después de su fallecimiento, *Nosotros* dedicó en su homenaje uno de los pocos números especiales que editó. Preparado en las vísperas, esta entrega apareció en julio de 1929 y en ella colaboraron algunos autores ya por entonces iniciados en caminos divergentes. Sin desconocer sus méritos, Ramón J. Cárcano lo recordó también *descargando golpes de exterminio* y Luis Berisso no olvidó en las críticas de Groussac *el /siempre e/ inevitable zarpaso*<sup>2</sup>.

Desde las columnas del suplemento cultural de *La Prensa*, el 20 de agosto de 1978 en un artículo que tituló *Así es Sarmiento*, José Bianco alude a *su consabida malevolencia*.

Al ocuparse del movimiento historiográfico argentino durante las primeras décadas del siglo XX, Diana Quatrocchi-Woisson sintetizó los rechazos hacia Groussac y cómo estos obraron en su detrimento, junto con los cuestionamientos por su método histórico y su obra como historiador. Según Ricardo Caillet-Bois -dice la autora en 1995-, no formó escuela por falta de irradiación de sus ideas historiográficas, hecho que puede atribuirse a su exagerada tendencia individualista.

Estos son algunos de los rasgos que caracterizaron la persona de Groussac, pero advertidos no por los coetáneos ya comprometidos con sus fobias o sus filias hacia él, sino por quienes cronológicamente le sucedieron con eficacia en nuestro pequeño mundo de las letras, en el quehacer historiográfico, en la crítica bibliográfica.

Aún en el tercer milenio, persisten incógnitas sobre su juventud y algún padecimiento que desde entonces lo acompañó durante toda su vida y determinó su conducta y su estilo. Invitado por Alfredo Bianchi en 1929 a participar en la revista *Nosotros* de un número de homenaje a Groussac, con motivo de su fallecimiento, Alfonso Reyes remitió una carta, el 14 de agosto de ese año, donde insinúa este padecer pero nada revela sobre el mismo: *tendría yo que contar la historia de un gran dolor; un gran dolor de que arranca el viaje de Groussac; un gran dolor que hubiera abatido a cualquiera, y que a él le sirvió de resorte para lanzarse a la gran aventura intelectual que fue su vida. Los freudianos de hoy dirían que este "traumatismo" de la adolescencia explica, en Groussac, aquella acritud de censor insobornable...*

Groussac conservó una gran reserva sobre este tema. Pero es probable que algunas personas supieran por lo menos algunos pocos pormenores sobre el origen de este padecer. De lo consultado, sobre su vida y su obra, nada significativo se encuentra agregado a lo dicho por Reyes. Por décadas fue este tema un tanto críptico. *Comprendemos* -anotó Juan Canter en *La llegada de Groussac a Buenos Aires* en *La Nación* del 5 de julio de 1953- *que un destino cruel lo condujera a restarle "el don de la sonrisa" /.../ como cierta vez anotara.*

Fue José Bianco quien en 1982 aventuró una hipótesis fundada en indicios y la dio a conocer en un extenso artículo que publicó en *La Nación*, el 26 de setiembre de 1982, sobre *La frustrada ambición de Groussac. Hoy sabemos* -afirmó Bianco- *en qué consistió el gran dolor de Groussac: no quiso admitir el segundo matrimonio de su padre con una antigua amiga.*

En *La forja de un intelectual*, comentario bibliográfico que apareció en *La Nación* del 3 de julio del 2005 sobre el libro de Páez de la Torre dedicado a Groussac, dice Miguel Ángel de Marco que *se embarcó hacia el Plata movido por razones acerca de las cuales, al menos parcialmente, no es posible superar el terreno de las conjeturas*.

Pero además -para Bianco- existió otra razón y da algunos detalles sobre afectos frustrados cuando él ya se encontraba en nuestro país<sup>3</sup>.

Pocos días después del fallecimiento de José Antonio Wilde, primer director de la Biblioteca Nacional, se le encomendó esa función a Groussac. Nombrado por decreto presidencial, el 19 de enero de 1885, Groussac se desempeñó en el cargo hasta su fallecimiento, ocurrido el 27 de junio de 1929. La malograda gestión de Wilde, que había durado sólo unos pocos meses, contribuyó a destacar aún más los cuarenta y cuatro años durante los cuales Groussac ejerció la conducción del organismo.

Durante aquellos cuarenta y cuatro años como director de la Biblioteca Nacional fueron presidentes Julio Argentino Roca, en dos periodos, Miguel Juárez Celman, Carlos Pellegrini, Luis Sáenz Peña, José Evaristo Uriburu, Manuel Quintana, José Figueroa Alcorta, Roque Sáenz Peña, Victorino de La Plaza, Hipólito Yrigoyen, también en dos oportunidades, y Marcelo Torcuato de Alvear.

En cuanto a lector, a Groussac no le era extraño el organismo y mucho menos su colección, instalada en la Manzana de las Luces. En *los cuartos estrechos y macizos en que se hacinaban, desde 1810, los elementos antiguos y nuevos de nuestro caudal bibliográfico*, como la había recordado en el discurso pronunciado el 27 de diciembre de 1901 al inaugurar la nueva sede. Mucho antes, recuerda Germán García desde *La Prensa* que Groussac, allá por el año 1893, manifestó con agradecimiento *por 1886 la vieja sala de lectura prestó su silencio y su retiro tranquilo al pobre niño extranjero que aprendía los rudimentos de la lengua en que había de escribir su historia/ treinta y cinco años después...*

Esto es importante destacarlo, cuando muchos de sus últimos directores asumen el cargo sin haber concurrido como lectores a la Biblioteca Nacional, la recorren en visita de protocolo y, después de fenecer su gestión, nunca retornan, salvo para mostrarse en algún acto.

Por el año 1867 Groussac habitaba en un edificio ubicado en las calles Perú y Moreno y trabajaba en un establecimiento de enseñanza vecino, situación esta que facilitaba su concurrencia a la Biblioteca Pública. Ocupado en el Primer regreso de Groussac a Buenos Aires, su mejor bibliógrafo, Juan Canter, dejó en *La Nación* del 26 de julio de 1946, esta evocación sobre aquellos tiempos:

*El Colegio Modelo se encuentra establecido frente a la Biblioteca Pública, dirigida por el poeta José Mármol. El cantor de "Teresa", a la sazón ciego y achacoso, vaga de sala en sala enfadado por el maltrato que sufren los libros, eleva su voz tonante y advierte: "¡Los libros no son ladrillos!". Groussac lo sigue con la vista y su imaginación lo conduce a considerar cierta semejanza física del autor de "Amalia" con la de Homero. El joven es concurrente infaltable a la biblioteca y un lector ávido; reside próximo a la misma/.../. Efectivamente, la afición de las letras despierta temprano y cosquillea al mozo, que madura en sazón. Constituye allí su albergue intelectual, alterna su trabajo con el estudio. Los libros son su golosina: anota, indaga, acota y discurre.*

También conocía Groussac que como director lo esperaba un *despacho claustral, horno en verano, si en invierno ventisquero, pero malsano en toda estación*. Sabía, en fin, que le esperaba una *celda oscura*.

Sin embargo tuvo que afrontar voces discordantes por su designación, algunas de las cuales se expresaron en las páginas del diario porteño *El Nacional*. En ese diario aparecieron

dos sueltos extensos de la redacción, uno el lunes 19 de enero de 1885, titulado *Nombramiento de bibliotecario*<sup>4</sup> y el otro, al día siguiente, *Todavía el nombramiento de Monsieur Groussac*<sup>5</sup>.

Es cierto que en ambos sueltos periodísticos está presente la condición de extranjero como objeción principal al haberse escogido a Groussac para dirigir la Biblioteca Nacional. Pero si esta fue la intención, si hubieran sido inspirados tan solo en una cuestión de xenofobia, se debe reconocer que estaba bien disimulada.

De la lectura de estos se colige que la disconformidad conllevaba varias razones. Se reconoce los servicios que entonces prestaban diversos extranjeros en distintas funciones, pero se preguntan ¿por qué razón Groussac *vendría a ese puesto saltando por encima de muchos argentinos que tienen sobrados títulos para desempeñarlo con más competencia que el candidato oficial?* Para fundar esto señalaban a Alberto Navarro Viola y Estanislao Zeballos como ejemplo de competencia en materia bibliográfica, quienes perfectamente podían hacerse cargo de tal función, sin necesidad de recurrir a un extranjero. En cambio si bien reconocían *la ilustración y las dotes literarias que adornan al autor de "Fruto vedado"*, interpretaban que *esas cualidades no son todavía bastantes para que se le dé el puesto para que se dice será nombrado.*

Al principio la sospecha de la autoría de estos dos sueltos recayó en Calixto Oyuela, a tal punto que en un número posterior se destacó que él no había sido<sup>6</sup>.

Sin su firma, entonces Groussac el viernes 23 de enero de 1885, desde el diario *Sud América*, que él dirigía, preguntó *¿Quién es ese redactor?* Tampoco faltaron cuestionamientos posteriores, entre ellos uno de Domingo Faustino Sarmiento quien el 4 de enero de 1887, desde las columnas 3ª y 4ª de la primera página, del diario *La Nación*, lo llamó *bibliotecario inmérito*. En esa edición Sarmiento publicó una carta dirigida a Groussac, quien ya hacía dos años que estaba en funciones, donde le dice que *es nuestro bibliotecario inmérito, aunque sea nuestro literato francés, y se halle en buen camino de merecer su puesto.*

Sarmiento era un acertado conocedor de las funciones y misiones de una biblioteca nacional y nunca confundió a ésta con la biblioteca popular o la estudiantil. De ahí el peso de su adjetivación descalificadora y lo mucho que esto afectó a su destinatario.

José María Álvarez Hayes que se ocupó de *Sarmiento y la Biblioteca Nacional* en la *Revista de educación*, publicación del Ministerio de Educación bonaerense, en la entrega correspondiente a setiembre-octubre de 1960, reproduce este concepto de Sarmiento que data de 1877: *Una gran Biblioteca Nacional es un archivo del pensamiento humano, para que tomen notas los que piensan y continúen la obra. Están en efecto reunidas allí por la acción del tiempo y el cuidado de los gobiernos, todas las producciones anteriores, de los infinitos ramos del saber.* Claro que debe ser así -entre otras razones- pues *son laboratorios indispensables para los que fabriquen nuevos libros.* Abrir las colecciones de una biblioteca nacional al acceso irrestricto, *al lector golondrina*<sup>7</sup>, como le llamó Martínez Zuviría, es exponerlas al peor factor de destrucción y trocar la función para lo cual se la creó, ingresándola en la competencia con las bibliotecas públicas.

Pero si ser es permanecer, no cabe duda que este *bibliotecario inmérito* seguirá siendo considerado por generaciones el director por antonomasia, aunque en los hechos prefirió seguir siendo lector como en sus años mozos, evocados por Juan Canter, y proseguir anotando, indagando, acotando, discurriendo y produciendo con *pluma de mano maestra*, como opina José Bianco, a lo que le resta *las hipérbolas que fatigan al lector con su carga de citas en latín y triviales reminiscencias de los clásicos.*

Martínez Zuviría y Borges fueron los otros dos directores cuyas gestiones también fueron prolongadas<sup>8</sup>, aunque en este aspecto distan de poder compararse con la de Groussac. La perspectiva del tiempo agiganta aun más el período de Groussac, si se tiene en cuenta que

en los últimos años el término medio de cada una de las direcciones se agotan en no más de tres años.

La Biblioteca Pública de Buenos Aires debía dejar de ser una biblioteca del estado provincial para transformarse en una de carácter nacional. Al asumir la responsabilidad de encarar tal misión, Groussac recibió como legado de su antecesor no más que una buena intención mutilada por el destino. Groussac pensó su biblioteca y logró ejecutar el proyecto. Arrancó con tan eficaz desempeño en actividades periféricas que, si bien luego menguó en algunos aspectos, le valió por ello permanecer durante décadas en tal función.

Se habla de *la biblioteca de Groussac* y también de *la biblioteca de Borges*, como el ámbito desde el cual realizaron su obra estas dos figuras de la cultura, uno de exégesis y erudición, el otro consolidó y popularizó el prestigio de creador que de antes ya le acompañaba.

La dirección de la Biblioteca Nacional fue para ambos pensadores la canonjía, pero obtenida como resultado de circunstancias disímiles: hartado de otras ocupaciones, tal vez para él menores, Groussac la aceptó como una importante posibilidad de realización personal; a Borges, por gestión de Victoria Ocampo y del grupo Sur, se la ofrecieron como desagravio.

A propósito de lo afirmado, cuando Ricardo Sáenz-Hayes lo evocó en la asociación Amigos del Libro el 4 de mayo de 1948 y en 1970 la Academia Argentina de Letras publicó esa exposición en *Ensayos y semblanzas*, desde la admiración reconoce que Groussac al llegar a la Biblioteca Nacional poco *llevaba en sus livianas maletas, porque su madurez todavía no se había manifestado, ni su cultura había alcanzado la extensión y profundidad que alcanzaría después, gracias a la dirección de la Biblioteca Nacional que le fue confiada en Buenos Aires para su máximo florecimiento de estudioso investigador y para nuestro deleite y provecho.*

Por ese mismo año 1948 es premiado por el Centro de Historia Mitre el estudio de Joaquín Martínez sobre Groussac, después publicado en la serie Cuadernos de Historia Argentina, quien al ocuparse de su designación en la Biblioteca Nacional reconoce cuanto lo ayudó permanecer en esa función:

*./.../ necesitaba para dar sus mejores frutos vivir aislado en la reflexión y el estudio. El destino habría de depararle muy pronto esa soledad fecunda que reclamaba para fiesta de su espíritu. /.../*

Borges, en cambio, ya era Borges al asumir en 1955 la dirección de la Biblioteca Nacional<sup>9</sup>, no precisamente escritor masivamente famoso pero sí reputado por colegas y críticos. Después, a partir de 1955 vinieron otros trabajos importantes pero complementarios. *Borges nunca dejó de ser escritor...*, afirma Clemente y remata con un: *¡No tenía otra cosa que hacer en la Biblioteca!*

Unos diálogos entre José Edmundo Clemente y Oscar Sbarra Mitre, publicados en 1998 con el título *Borges director de la Biblioteca Nacional*, permiten saber -por el testimonio de Clemente, su vice en la dirección- algo más sobre esta presencia virtual.

Fue durante el tercer encuentro, ocurrido el 20 de octubre, cuando Clemente a la pregunta *¿Borges fue, a su juicio, el director más importante que tuvo la Biblioteca Nacional?* respondió: *Borges fue un hombre que le hizo mucho bien a la Biblioteca con su presencia, y le sigue haciendo mucho bien. Pero más en su rol de creador que de verdadero bibliotecario.... Pero claro, el funcionamiento cotidiano, que también es parte de la biblioteca, no le preocupaba mucho, y de la parte interior del mecanismo, de saber qué hace falta y qué no, y de la administración, de eso no podía ocuparse. No sólo porque estaba muy ciego sino porque realmente no le interesaban nada esas cosas. Es decir que el país salía ganando con que Borges viniera a la Biblioteca Nacional y escribiera sus obras. Eso es lo que quedó del Borges bibliotecario, lo que Borges escribió en la Biblioteca.*

Los resultados de éstas dos gestiones son opuestos y además reflejan íntimamente la personalidad de cada uno de ellos.

Desde hace tiempo se ha ligado a ambos directores por la ceguera que los aquejó, pero pocos saben que José Mármol fue el primero de los directores afectado por ese mal.

Groussac perdió la vista en los últimos años de vida: primero fue el ojo izquierdo, a consecuencia de la extracción del cristalino, y el derecho en 1925 después de una operación, por un glaucoma. Por lo que a él esto lo afectó en los últimos años de su gestión, en tanto que Borges ya lo estaba cuando asumió el cargo de director. Ese fue el dilema que se le presentó a Bonifacio del Carril, a la sazón subsecretario del Ministerio de Interior, cuando en 1955 se preparaba la designación. Desde ese ministerio; entonces del Carril comentó que *Borges está ciego, está muy ciego. No puedo nombrar a un ciego*. En los citados diálogos, con Sbarra Mitre, esto lo confirma Clemente, su segundo en la dirección, al aceptar el cargo el grado de su visión era: *Muy poco, ya muy poco. Casi nada*.

Groussac debió sufrir el capítulo último de su dirección aislado por la ceguera; con hidalga resignación, Borges aceptó esta sombra que le acompañó desde el inicio. Siempre tendrá presente Borges esta coincidencia del destino, reflejada con belleza trágica en el *Poema de los dones*.

He tomado un testimonio del segundo volumen del *Anuario* de la Sociedad de Historia Argentina de Jorge Lavalle Cobo que fue tan de su intimidad, que Groussac lo escogió en momentos de desesperación por su ceguera para decirle: *-Invoco nuestra amistad, Jorge, y le pido con toda el alma, como un deber de humanidad, que me dé un revolver. ¡Yo no viviré así!*

Evocándolo como aquel que ejerció *con inexorabilidad benéfica un ministerio de salud literaria*, Jorge Lavalle Cobo en una breve exposición leída el 24 de mayo de 1940 reconoció que Groussac *vivía abstraído en su rincón de la Biblioteca Nacional y en absoluta consagración a su obra literaria*. Su aporte autoral y en particular la tarea como crítico impenitente, es lo que opacó su labor como director del organismo, pero a su vez fueron las razones de mayor peso que realmente obraron como justificación de su permanencia en el cargo.

*Groussac pudo brindarnos una obra tan edificante para nuestra cultura porque se esforzó en ser sólo escritor, y el país, felizmente, le proporcionó, al designarlo director de la Biblioteca Nacional, los medios para poder serlo*, reconoció en 1948 Joaquín Martínez en *Francois Paul Groussac. Su vida, su obra*, haciendo suyo este párrafo: *“Mientras las personas mejor dotadas de su tiempo -anota Gerchunoff- leían apresuradamente en sus bufetes de abogados, en sus oficinas inseguras, y aprendían confusamente y producían sin coherencia y sin tranquilidad, al azar de su existencia agitada y dispersa, Groussac tuvo la fortuna de encontrar el medio de lo que siempre fue”*.

Quien coincide con esto es Ezequiel Martínez Estrada en su *microscopía de Buenos Aires*, llamada *La cabeza de Goliat*. Al recordar su concurrencia a la Biblioteca Nacional desde 1912, este ensayista amén de estimar como *sustanciosas décadas* la de Groussac al frente de la Biblioteca Nacional agregó: *No sólo fue el Director, sino el más asiduo lector, el más paciente y minucioso de todos, el lector ideal*.

*Fue la Dirección de la Biblioteca Nacional el refugio del genio*, así lo entendió Eduardo Martiré en *La lección de Groussac*, opúsculo editado en 1983 por el Club Universitario de Buenos Aires. Después agregó: *Cuando accedió al cargo su fama literaria marchaba en ascenso, pero desde ese lugar desarrollará en plenitud sus sobresalientes condiciones de hombre de letras, de historiador, de crítico*. Esto mismo sostuvo Roberto Etchepareborda en la disertación pronunciada el 7 de diciembre de 1979 en la Biblioteca del

Congreso de los Estados Unidos de Norte América, con motivo del cincuentenario del fallecimiento de Groussac, publicada en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* argentina de ese año por ser éste miembro de dicha corporación.

Para demostrar esto Martiré tomó la bibliografía que de Groussac confeccionó Juan Canter y señala que *de /los/ novecientos títulos, sólo un centenar pertenecen a la época anterior a su designación en la Biblioteca Nacional y, sin duda, los principales son del período posterior a su ingreso en la Biblioteca.*

Esta conclusión general que obtuvo Martiré al examinar la citada bibliografía puede ser, en algunos casos, invalidada; la fecha de publicación de un trabajo no necesariamente refleja cuándo lo redactó, tampoco cuándo inició las etapas previas de búsqueda y análisis. Tal el caso del estudio de Groussac sobre *Esteban Echeverría, la Asociación de Mayo y el "Dogma socialista"*, incluido en el cuarto tomo de la revista *La Biblioteca*, correspondiente al mes de mayo de 1897, cuando en realidad ya lo tenía redactado desde 1882.

Con la consulta de esta bibliografía realizada por Canter, originalmente publicada en varios tomos del entonces *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, es posible -no obstante la expresada salvedad- algunas precisiones sobre lo observado por Martiré. En este caso he preferido trabajar con la edición corregida que de esta contribución bibliográfica publicó en 1930 la editorial El Ateneo. La parte dedicada a obras de Groussac, comprende los libros, folletos y separatas o sobretiros, tiene 38 asientos, de los cuales sólo cuatro<sup>10</sup> son publicaciones aparecidas con anterioridad a enero de 1885, mes durante el cual asume como director de la Biblioteca Nacional. Después se editaron las otras publicaciones, entre las cuales por su cantidad de páginas son libros y obras por su importancia. Ahora bien, de los 1.062 asientos con artículos y otras producciones corresponden 148 a su etapa anterior y 914 son publicaciones efectuadas con posterioridad al 23 de enero de 1885.

Ocultos tras los seudónimos de Eslavo y Argento, César Tiempo (en realidad Israel Zeitlin) y Aristóbulo Echegaray se refirieron mucho antes, en 1925, a ese *ministerio de salud literaria* ejercido por Groussac -es opinión de Lavalle Cobo- *con inexorabilidad benéfica*. Esto ocurrió cuando la revista *Martín Fierro* en su segunda encuesta preguntó: *¿En qué medida la acción de M. Groussac, como creador o crítico ha influenciado en el desarrollo de la cultura literaria nacional?, o bien, ¿ha sido negativa su acción?* Pero ellos, César Tiempo y Echegaray, sintieron ese ministerio de salud de otra manera.

*Paúl Groussac es un magnífico tigre de Hircania suelto en la tenebrosa selva de nuestra literatura. No hace más que rugir; y los rugidos no confortan, ni estimulan, ni guían, espantan.*

*Y entre un animal feroz que nos acobarde y una modestísima farola que nos ilumine débilmente la senda, no quedamos con la farola.*

Al prologar en 1948 un escueto trabajo laudatorio sobre Groussac, se encuentra una coincidencia ampliatoria de Enrique de Gandía con César Tiempo y Echegaray:

*Los jóvenes veían en Groussac a un maestro palmeta que podía cortar, con una crítica decisiva, sus vuelos iniciales, y los viejos se callaban, a menudo más de lo necesario, para no caer en el ridículo de una alusión o un análisis entre cruel y burlón.*

Respondiendo en esa misma encuesta de 1925 efectuada por *Martín Fierro*, publicada en el número 12 de la segunda época, Bernardo González Arrili sumó otra razón a tener presente:

*Llegado a la Argentina en hora para él oportuna, mereció consideraciones y honores que mantuviéronlo siempre en lugares prominentes. Le ayudó extraordinariamente el prestigio que, en nuestro país, gozó su patria. Durante mucho tiempo todo lo francés estuvo estrechamente unido al buen gusto, al talento, a la belleza, y aquí bastaba con ser francés para resultar una maravilla. El Sr. Groussac durante más de medio siglo fue “Monsieur Paul Groussac” y no el “Señor Pablo Groussac” como correspondía a un nacionalizado argentino...*

Pero de las respuestas brindadas por los consultados también surge un esbozo a mano alzada de Groussac funcionario. Entonces Francisco López Merino tras un extenso elogio, agregó: *El director de la Biblioteca Nacional ha combatido con éxito la vacua declamación, la estrategia literaria, la superchería histórica, el ejercicio clandestino de una crítica de reciprocidad y el elogio de la camaradería que -como él mismo lo ha dicho- a semejanza de la tintura para los cabellos, sólo engaña a sus poseedores...* Tal vez por este motivo dijo González Arrili: *Ahora, en cuanto al señor Groussac burócrata, estimo necesario decir sin titubeos que el señor Pablo Groussac hace cuarenta años que permanece al frente (mejor dicho, en el primer piso) de la Biblioteca Nacional, y que la Biblioteca Nacional está atrasada, justamente, cuarenta años.*

Esta situación, denunciada por sus jóvenes y severos críticos y aceptada por sus panegiristas, había sido expuesta no ya por un escritor y lector sino por Amador L. Lucero, director de la Biblioteca Nacional de Maestros, que por ley heredó el fondo bibliográfico de la primera Biblioteca Nacional fundada por Sarmiento y Adolfo Alsina en 1870. Lucero se refirió a algunos aspectos de la gestión y de las dificultades de Groussac durante el quinquenio comprendido por los años 1905 a 1910, año éste en el cual apareció su libro *Nuestras bibliotecas desde 1810*, concluyendo de esta manera: *la impresión percibida por un visitante entendido que solicite el servicio de la Biblioteca /Nacional/, revelan una prueba desagradable de nuestro atraso, ....*

Semejante magisterio como el señalado por López Merino para Alfredo Palacios no fue tal. Palacios, en su obra *Estevan Echeverría albacea del pensamiento de Mayo*, publicada por Claridad en 1951, reconoce en Groussac al *gran escritor a quien debemos respetar por muchas razones*, no obstante lo cual y además de lo mucho que le reprueba llegó a llamarlo *dictador intelectual de su época*.

Se la llame magisterio o dictadura intelectual, Groussac también tenía que sumar a su empresa cultural su labor periodística, la atención de su prole, con la cual vivía en dependencias del organismo, además de su afición por los juegos de caballeros, por ejemplo el de billar, todo lo cual le dejaba poco tiempo para ejercer como director de esta biblioteca. Quien revise el registro de socios del Círculo de Armas, el club más selecto de los porteños, lo encontrará a Groussac entre sus miembros, hecho que no pasó por alto *La Nación* cuando el 1 de julio de 1985 rememoró el primer siglo de existencia del club. Con bastante cuidado Lucero en vida de Groussac aludió con ironía a esta situación, al señalar que *los oficiales subalternos del establecimiento,[son] los únicos á quienes se podría exigir que fueran bibliotecarios, ya que no tienen la fortuna de cultivar con éxito la crítica literaria*

Teodoro Becú criticó sin concesiones a varias de las direcciones de la Biblioteca Pública de Buenos Aires y de la Biblioteca Nacional. Caracterizado por sus opiniones tajantes, Becú dijo de Groussac director: *... distrajo las funciones para las cuales había sido designado, y los elementos de que disponía, hacia la crítica y la historiografía.*

Pero en uno de sus polémicos trabajos Becú se equivocó, al afirmar que Groussac en sus cuarenta y cuatro años como director publicó una sola memoria, pues para ser precisos fueron no más que informes y solamente firmó uno de los dos dados a conocer.



A diferencia de casi todos los directores antecesores en la Biblioteca Pública de Buenos Aires y de aquellos que le sucedieron inmediatamente después de su fallecimiento, primero Melo y luego Martínez Zuviría, a Groussac le disgustaba cumplir con la obligación administrativa de rendir cuentas periódicamente a la superioridad de lo hecho.

**Los primeros ocho años de su gestión Groussac los dedicó a diversas cuestiones que aseguró necesitar resolver, de lo cual parcialmente dio cuenta en la parte final del prefacio sobre la historia del organismo, con el cual acompañó en 1893 el tomo primero del *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional sobre ciencias y artes*.**

*Después -asegura Amador L. Lucero-, como comprobación de que el director no debe perder su tiempo, en lo que llama /Groussac/ burlescamente “contaduría trascendental”, no han aparecido sino dos informes en las memorias de los ministros. Uno lo firmó el vice director Emilio H. Padilla y el otro Groussac, el primero fechado 24 de marzo de 1899 y el segundo 28 de abril de 1903.*

De la lectura de este segundo informe, el único que hasta la fecha se conoce de Groussac en sus cuarenta y cuatro años como director, dice Lucero que refiere a una cantidad supuesta de 130.000 volúmenes y se extiende en observaciones ajenas al movimiento administrativo. Los datos transmitidos al Censo General de Educación tampoco expresan el número exacto, sino el conjeturado de 190.000 volúmenes, cuyo único inventario consiste en el estampillado de las obras y colecciones, lo que obliga a efectuar una operación larga é insegura, cada vez que se necesita conocer la estadística bibliográfica.

Eso sí, Groussac además de detestar rendir cuentas de sus actos ante la superioridad siempre se las arreglaba para contar con el beneplácito de los hombres de gobierno. Sobre este tema Víctor García Costa trae un párrafo en la biografía que publicó en 1997, *Alfredo Palacios, entre el clavel y la espada*, corolario de sus varios libros dedicados a esta figura.

En 1907, en la sesión de la Cámara de Diputados del 7 de enero, Palacios *después de cuestionar diversas partidas presupuestarias /.../ al tratarse la correspondiente a la publicación “Anales de la Biblioteca”, que ha salido muy espaciadamente, dice que como Paul Groussac no tiene la obligación de rendir cuentas de los fondos que recibe a este objeto, pide “que ello se consigne modificando la partida /.../ de esta manera el señor Groussac tendrá la obligación de rendir cuenta, como debe ser desde el momento que se trata de dineros de la Nación, que son los dineros del pueblo.*

Una pieza de provecho para este trabajo es la carta de Carlos F. Melo, nombrado en la dirección de la Biblioteca Nacional el 10 de diciembre de 1930, a Manuel Ugarte, cuando éste residía en la Provenza. La carta fue remitida desde Buenos Aires el 19 de febrero de 1931. Esta pieza integra el fondo documental ingresado al Archivo General de la Nación a través de Térésè Desmard, viuda del destinatario. Además de justificar su aceptación del cargo, Melo refiere al estado del organismo, durante la última etapa de su antecesor:

*No se si sabe que me he visto obligado a aceptar por empeño de amigos personales como acto de patriotismo la tarea de reorganizar la Biblioteca Nacional casi muerta desde hace algunos años para el servicio público. Nada tiene que ver con la política; se necesitaba mi nombre y acción moral en la Biblioteca muy venida a menos. He resistido porque no quería que nadie me confundiera. Estoy dedicado a un trabajo material incómodo; sin libertad todavía para realizar el espíritu a que aspiro.*

Para conocer las objeciones a los resultados obtenidos por Groussac además de lo dicho por González Arrili, desde la revista *Martín Fierro*, se cuenta con el *Informe* recibido por Ernesto Padilla, ministro de Justicia e Instrucción Pública, de parte del sucesor de Groussac.

En el Informe al Ministro de Justicia e Instrucción Pública, concluido el 7 de febrero de 1931 e impreso en los Talleres Gráficos de la Biblioteca Nacional, dice Melo de la gestión de su antecesor: *Él concibió la Biblioteca Nacional, como un organismo en reposo; destinado más bien a ser una reserva para la República, que ésta aprovechase por medio de sus trabajos personales; y en ese sentido, su labor ha correspondido a su modo de ver.*

Pero la Biblioteca Nacional, en tanto y en cuanto a sus funciones específicas venía siendo denunciada como incumplidas por la gestión Groussac. Esto no ocurrió sólo en los últimos años debido a su ceguera, tampoco fue motivado por razones de presupuesto como Melo trata de justificar: *Su larga enfermedad final, la imposibilidad de valerse de sus ojos en sus últimos años, el tiempo transcurrido después de su muerte, la escasez de fondos para la provisión de libros, son factores que ayudan a explicarse el estado en que he encontrado la Biblioteca.*

Todo esto fue dicho en el Informe para cumplir con el deber de *salvar, ante todo, el concepto y la memoria de su predecesor, de quien nadie desconoce su obra -dice Melo- y el valor de ella para el país argentino.* Pero al mismo tiempo insiste en señalar la concepción de biblioteca en Groussac: *la que, por otra parte, como he dicho ya, no fue en su pensamiento un sitio de acceso al gran número, ni un foco de irradiación directa sobre la masa social.*

Así fue como Melo constató que: *La puerta central, estaba cerrada; y no había placas indicadoras de ser ésta la Biblioteca Nacional. Sólo a un lado, a distancia, una que indicaba el acceso al Depósito Legal. El público, penetraba en la casa por una puerta lateral, defendida por un tambor; y por la estrechez de la Oficina de Entradas y el estado de los catálogos en uso, los pedidos de libros se hacían molestos, a lo que se agregaba, a veces, la falta de información y de acción inteligente del público, y la deficiencia de parte del personal.*

El acceso principal estaba reservado para el ingreso a los eventos culturalmente trascendentes pero si se quiere prescindibles, por lo menos en cuanto a la misión de una biblioteca nacional. Se trataba de reuniones públicas nocturnas que a partir de los años 1902 y 1903 realizaron la Asociación de Conciertos, presidida por Fernando Pérez, y la Asociación de Conferencia, presidida por Carlos Pellegrini. La Biblioteca Nacional *solemne y severa como el recinto de un Parlamento*, al decir de Martínez Estrada, destinaba para las conferencias y los conciertos su salón principal, cuando se daban estos últimos -lo registran los diarios en sus columnas de sociales- era *artísticamente adornado con plantas y flores.*

Por entonces en Buenos Aires no abundaban espacios oficiales dedicados a estas actividades, es cierto, pero esto no justifica guardar el ingreso principal exclusivamente para ellas. Es más, a partir de 1904 los conciertos se ofrecieron en el Prince George's Hall, de Cuyo 1230, en tanto el obligado acceso por una puerta lateral de lectores permaneció tantos años que el sucesor de Groussac lo constató después de 1929<sup>11</sup>.

Todo esto coincide y complementa lo dicho por González Arrili en el ya citado número de *Martín Fierro*, aunque guardando Melo ciertas formas propias del comportamiento a observar por un funcionario respecto a su antecesor. Sin embargo en los informes periódicos de la dirección de Groussac elevados, en sus cuarenta y cuatro años, a los sucesivos ministros de Justicia e Instrucción Pública reflejaban lo que por entonces podía considerarse una buena afluencia de lectores. Para lograr este objetivo se empleaba una triquiñuela explicada en el Informe de Melo:

*En una organización así, el número de lectores diríase escaso. El que dan las estadísticas, no es real, sino abultado en dos o tres veces, pues cada persona debía hacer boletas diferentes para cada pedido, con el objeto de facilitar la entrega de los libros, según se me ha explicado, resultando así el lector que pedía dos obras convertido en dos lectores;*

*y el que pedía tres obras, en tres; y esta multiplicación de lectores pasaba a la estadística como si fuera cifra verdadera.*

Nada se sabe bien si esta práctica en la Biblioteca Nacional fue iniciada por Groussac, lo cierto es que lejos de ser rechazada sigue siendo de uso habitual.

Pocos meses después Melo volvió sobre la situación heredada por su antecesor inmediato y los esfuerzos realizados para *tratar de sacarla del estado en que se encontraba*, comenzando por poner a la *Biblioteca en relación con todas las instituciones similares del mundo*. Esto fue en oportunidad de las palabras pronunciadas con motivo del acto inaugural de la sala de lectura para niños, celebrado el 30 de junio de 1931. Entonces denunció haber debido *consagrarle un esfuerzo máximo, quitando horas al descanso indispensable; y trabajar, sin recursos, con unos cuantos amigos abnegados*. Después Melo dejó constancia de haber contado tan solo con la colaboración de *muy pocos empleados, aquellos que comprendieron su propósito, acogiéndolo con sano corazón y deseo íntimo de servir...*

Ese comportamiento del personal, por lo menos de buena parte de él, tal vez haya obedecido a una suerte de tradición de trabajo impuesto en el transcurso de las muchas décadas bajo la incuestionable tutela de Groussac. Al conmemorar el segundo aniversario de su fallecimiento, Melo recuerda así -precisamente- su rasgo distintivo como conductor: *Él realizó una característica labor personal, en la que no necesitaba, ni era hombre de aceptar, colaboradores.*

Sobre la escasa concurrencia diaria de lectores y el camuflaje usualmente empleado por la dirección anterior para abultar las cantidades reales, informó: *El número de éstos ha crecido de tal modo, que, frecuentemente, y por largas horas, se llena el salón, otrora apenas visitado, -a pesar de las cifras de una pseudo estadística-; ...*

La gestión de Melo intentó y la de Gustavo Martínez Zuviría implementó una rectificación al rumbo impreso por Groussac al organismo. Muerto Melo el 2 de octubre de 1931 la dirección le fue ofrecida a Martínez Zuviría. Este, lejos de confundir el rol de una biblioteca nacional con una biblioteca popular, estudiantil o universitaria, encaminó su política de conducción a lograr una biblioteca pública dedicada a la preservación de la memoria éditada y su difusión. Pero Martínez Zuviría cometió el imperdonable pecado intelectual de incursionar públicamente sobre la historia de esta biblioteca con afán revisionista, como ocurrió en 1937 ante el II Congreso Internacional de Historia de América<sup>12</sup>.

Todo esto molestó a unos *herederos editores* de Groussac y en la tercera reedición del prefacio sobre la historia del organismo, encomendado a la librería y casa editora de Jesús Menéndez en 1938, con el cual acompañó al primer tomo del *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional*, sobre ciencias y artes de 1893, expresaron que: *No obstante lo relativamente lejano de su primera aparición, han considerado que contiene vistas substanciales de actualidad acerca de la historia de la institución y los fines que le corresponde llenar para su mayor eficiencia en la cultura pública: vistas, tanto más útiles de divulgar, cuanto que algunas rectificaciones notorias que han tratado de imponer las dos Direcciones sucesivas, no han sido justificadas con el debido relieve de las deficiencias que buscaban corregir.*

En el párrafo siguiente se ocuparon estos *herederos editores* de quien en fecha de aparecer la reedición, 1938, era el director de la Biblioteca Nacional. Digamos que se lo dedicaron exclusivamente a Martínez Zuviría:

*Particularmente con la actual, en ciertas miras las divergencias de concepto son resaltantes. Así por ejemplo: la discusión sobre el verdadero fundador, los objetivos esenciales de los Catálogos y la preocupación del crecimiento que para uno ha de*

*satisfacerse con la porfiada ostentación de un alto número de libros cualquiera que sea su clase, y según el otro, debe guiarse con la calidad de los mismos.*

De la Biblioteca Pública de Buenos Aires se ocupó Ricardo Levene aunque no mucho más que para defender a Mariano Moreno como su fundador y protector, en el volumen que la Academia Nacional de la Historia dedicó a la *Revolución de Mayo hasta la Asamblea General Constituyente*.

La Biblioteca Nacional, y Groussac como su director, ingresaron la historia argentina de la Academia Nacional de la Historia cuando esta corporación decidió abordar los tiempos contemporáneos, correspondientes al período comprendido por los años 1862 a 1930. Primero fue José Torre Revello, como se puede constatar en *Historia de las universidades y de la cultura superior. (Desde la presidencia de Mitre hasta la Revolución de 1930)*, en dedicarle doce líneas a ambos temas y de él particularmente dijo que *ejerciendo la dirección don Pablo Groussac, se trasladó al actual edificio donde funciona, calle México 564, el 27 de diciembre de 1901, que se destinaba a otra repartición oficial. En 1930 su fondo estaba constituido por 259.483 volúmenes*. Al tratar *La vida literaria argentina entre 1862 y 1930*, Raúl H. Castagnino se ocupó de él como autor de una novela y narraciones breves y, en otra parte del trabajo, recuerda que entre sus actividades se desempeñó como *director de la Biblioteca Nacional, fundador de la revista "La Biblioteca"*. Por último Guillermo Furlong incluye a la revista *La Biblioteca* en el trabajo enumerativo sobre *El periodismo entre los años 1860 y 1930* y luego junto con aquellas que considera *de gran mérito*.

Desde la óptica bibliotecológica, esta gestión de Groussac permanece aún sin ser justipreciada por el total de sus resultados, aunque sobre el tema son aprovechables algunos aportes misceláneos ya conocidos. Al ocuparme del canje oficial de publicaciones en nuestro país, como modalidad de cooperación cultural y para el enriquecimiento de las colecciones propias, impulsado en el orden nacional por Sarmiento y Adolfo Alsina y en el provincial emprendido por Vicente Quesada, dediqué algunos párrafos a destacar los resultados obtenidos por Groussac.<sup>13</sup>

Es menos que elemental creer terminado el tema con citar algunos detalle de la mudanza en 1901, desde la Manzana de las Luces, al edificio de la calle México entre Perú y Bolívar, la instalación de una Minerva para efectuar impresiones y ediciones del organismo, haber adoptado para los procesos técnicos el sistema de clasificación bibliográfica ideado por Jacobo Juan Brunet, la publicación de los catálogos metódicos de ciencias y artes, historia y literatura, derecho y geografía, más otros catálogos dedicados a revistas y periódicos existentes en la Biblioteca Nacional, el de obras que los lectores podían consultar en los pupitres laterales del salón de lectura, el de documentos del Archivo de Indias relativos al Río de la Plata, de manuscritos relativos a América existentes en la Biblioteca Nacional, los de documentos sobre América y Europa, haber confeccionado un esbozo de la historia del organismo, desde sus orígenes, que concluye con abundante información sobre él y la gestión de él, desde su designación hasta febrero de 1893.

Serie estimable que se dejara de lado la mera enumeración de las publicaciones aparecidas durante su gestión y se procediera a estudiarlas en su contenido. La leve vivisección realizada para este trabajo deparó algunos resultados que muestran cierta autoindulgencia practicada por Groussac en su desempeño como director de la Biblioteca Nacional.

Tomemos a manera de muestra el *Catálogo por orden cronológico de los manuscritos relativos á América existentes en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires*, compuesto e impreso por la imprenta del mismo organismo en 1905, donde él firma con su

inicialónimo P.G. una advertencia que complica su responsabilidad por irresponsabilidad asumida.

En esta advertencia dedica un párrafo único, el párrafo final, al catálogo en sí donde expresa que:

*Este pequeño trabajo bibliográfico adolece de no pocos yerros de redacción ó clasificación, debidos los más á la mala inspiración de admitir sin revisión severa papeletas antiguas y, cierto número de ellas, gravemente incorrectas. Hemos procurado salvar las faltas principales en la fe de erratas. En cuanto á los títulos que pecan abiertamente contra el orden cronológico, -casi todos ellos por carecer de fecha precisa el documento y no haberle deducido del contexto el escribiente, -el mal ha sido notado muy tarde para poderse remediar: no nos queda sino pedir disculpas é indulgencia á los estudiosos, remitiendo las enmiendas á una próxima reimpresión, corregida y sin duda notablemente aumentada, del presente catálogo.*

Los *no pocos yerros* a los cuales alude Groussac se concretaron al final del catálogo en una confesa nómina de 225 erratas y omisiones, a lo cual habría que sumar todo cuanto seguramente habrán advertido aquellos que trabajaron con esta herramienta de referencia.

La Biblioteca Nacional no estaba abocada a una tarea editorial tan profusa como para que su producción pudiera justificar la omisión de una mirada previa del director, ya que en todo el año 1905 este catálogo fue la única publicación. Por otra parte, el régimen de trabajo y subordinación instaurado por él, estaba lejos de permitir que alguien osara entregar un texto sin su consentimiento para iniciar la tarea de composición tipográfica. Pero aunque hubiera sido así como él dice y no ser esto estricta responsabilidad suya, cuando advirtió todo cuanto denuncia en el párrafo transcripto no debió pedir *disculpas é indulgencia*, por *ser muy tarde para remediar*, sino cancelar la publicación.

Tal confesión de parte restó en buen grado verosimilitud al trabajo. Por sus características era esta una obra de referencia, de orientación para los *estudiosos* -como él solía llamarlos- o investigadores, a fin de tener un anticipo de lo que contenía el documento original, lo que implicaba el deber presentarla con la mayor precisión.

Este hecho además pone en evidencia el estado de los catálogos manuales que se ofrecían para acceder al conocimiento, en este caso particular, de los documentos originales que poseía la Biblioteca Nacional. Este repertorio publicado en 1905 fue confeccionado en base a los asientos, en los cuales se volcaba supuestamente con perfección los datos principales de cada pieza, para luego con ellos armar el catálogo manual, el comúnmente llamado fichero, herramienta de trabajo de la cual se servían todos aquellos interesados en tener acceso directo al fondo documental.

La Academia Nacional de la Historia al dar a conocer la *Nueva historia de la Nación Argentina* en el año 2003, cuya edición estuvo a cargo de Planeta, incluyó un capítulo de Alejandro Parada sobre *El libro y sus ámbitos*. Con ser bibliotecario de profesión y estudioso de la historia de la bibliotecología, solamente señaló a Sarmiento y a Groussac como los dos hombres excluyentes *que sentaron las bases de las bibliotecas argentinas, tanto desde el punto de vista teórico como del práctico*. De Groussac agregó: *fue el primero en intentar la organización moderna de la Biblioteca Nacional, basada en conocimientos técnicos*. Cuando se refiere al organismo en sí acotó: *La gestión bibliotecaria más importante, en cuanto a su organización y control, fue la de Paul Groussac, de 1885 a 1929, y prueba de ello fue la edición de los "catálogos metódicos"*.

Con el aval del Comité Argentino de Bibliotecarios de Instituciones Científicas y Técnica, en 1945 apareció el segundo número de la serie de trabajos sobre *Contribuciones al conocimiento de la bibliotecología*, cuya dirección estuvo a cargo de Ernesto G. Gietz. Este

segundo número es el resultado de una investigación del ya citado Becú sobre *La bibliografía en la República Argentina*, de la cual no necesariamente se debe compartir la totalidad de sus dichos y conclusiones, como tampoco el tono por demás acre empleado en el tratamiento de las personas y los trabajos de los cuales eran autores. Obra en su favor que lo señalado en él es una constante, sin excepción. Y dicho esto, es oportuno reproducir uno de los varios párrafos dedicados a la gestión de Groussac:

*Comienzan en esa época los años dominados por Paúl Groussac, quien ocupó el cargo de Director de la Biblioteca Nacional desde 1885 hasta 1929. Groussac podrá tener algunos méritos literarios, todo lo brillante que se quieran, pero es hoy muy discutido por sus publicaciones históricas y es un hombre que ni se preocupó ni quiso preocuparse de la bibliografía nacional, u otra; quedó contento y satisfecho con aplicar la clasificación de Brunet y dejar que los libros mal fichados y catalogados se alejaran del público, que no tiene como conocerlos hasta la fecha. Los Catálogos de la Biblioteca Nacional, tardíos y atrasados, como la mayoría de los catálogos impresos aún por las grandes bibliotecas del mundo, requieren más tiempo para su manejo que el que disponga cualquier lector para una investigación en sí misma.*

Después opinó Becú que *la época de Groussac fue una mala época para la bibliografía argentina*, culpándolo de ocuparse en temas historiográficos y de crítica literaria, para lo cual derivó todo tipo de recursos.

Así como Becú habla de los años *dominados* por Groussac, también señaló que aquellos catálogos que durante su dirección fueron publicados eran herramientas que siempre llegaban por demás atrasados a la mesa de trabajo. Esto le restó muchas posibilidades de provecho a quienes precisaban estar al día en novedades bibliográficas.

Ampliando su artículo publicado en *La Prensa*, Germán García respondió a estas críticas de Becú reprobando el desempeño de Groussac. Lo hizo desde su saber bibliotecológico en una publicación periódica especializada de Bahía Blanca, señalando que *en el juicio de Becú falta en absoluto la ubicación en el momento histórico, requisito elemental para el juzgamiento.*

Esto es válido en algunos aspectos pero no en otros. Por ejemplo, el *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional seguido de una tabla alfabética de autores*. Se inició con un tomo que se editó en 1893 y el séptimo, que fue el último, apareció recién en 1931, cuando Groussac y su sucesor, Carlos Melo, habían fallecido. Destinado para saber desde el interior y el exterior del país de qué obras disponía la Biblioteca Nacional, este catálogo de siete tomos cuya publicación demoró cuarenta años, fue de poco provecho.

No ocurrió lo mismo con sus dos publicaciones periódicas, *La Biblioteca* y los *Anales de la Biblioteca Nacional*, a las cuales le dedicó sus mejores afanes y en las que incluyó sus investigaciones y ensayos. De *La Biblioteca*, publicada entre junio de 1896 y abril de 1898, aparecieron con regularidad casi perfecta 24 volúmenes; en cuanto a los *Anales de la Biblioteca Nacional*, entre 1900 y 1916, se dieron a conocer 10 tomos. Estas dos publicaciones periódicas *que no reflejan para nada la vida de la repartición que las publicaba* -como justipreció Becú- en cambio le sirvieron como medio para lanzar lo más trascendente de su obra personal. De ellas doy cuenta en las páginas siguientes.

Al año siguiente Becú vuelve a cargar sobre la calidad de aquellos catálogos impresos y las fichas del catálogo manual en el organismo, fue en el folleto *El señor Felipe Barredas Laos y "sus historias"* que concluyó de redactar el 25 de abril de 1946: *los siete volúmenes -juzga Becú- del "Catálogo de la Biblioteca Nacional" y la gran mayoría de las papeletas hechas en la época en que el señor Groussac fue Director de la Institución, son malas, inadecuadas e insuficientes para que los lectores puedan encontrar los libros que necesitan buscar.*

Ese catálogo manual con las *papeletas* (las papeletas eran en realidad las fichas catalográficas adoptadas por Groussac de 9,5cm de ancho x 12,5cm de alto, con anterioridad a las de 12,5cm de ancho x 7,5cm de alto, luego aceptadas internacionalmente) en la actualidad esta siendo depredado por facilitarse su acceso a cualquier lector de manera irrestricta y sin control alguno de parte del personal. Este catálogo ubicado en el área de referencias bibliográficas es el más antiguo que se encuentra en la Biblioteca Nacional y muchas de sus *papeletas* están manuscritas por el propio Groussac.

Respetuoso al extremo de la memoria de sus antecesores, Martínez Zuviría no dejó pasar oportunidad de participar en cuanto homenaje se rindiera a Groussac, particularmente si en aquellos donde se recordaba también al director de la Biblioteca Nacional. Para comprobar esto, bastaría recorrer cualquiera de las memorias anuales que publicó, desde 1932. A la hora de exponer sobre la riqueza del organismo en cantidad de libros, en estas memorias aparecen guarismos sobre las diferencias entre la existencia real de libros, folletos y piezas en general con las cifras ofrecidas por Groussac.

Fue precisamente al iniciar la memoria correspondiente al primer año de su gestión que Martínez Zuviría se ocupó de la *existencia de libros y manuscritos*, para poder no sólo responder a la tan común pregunta de ¿cuántos libros tiene la Biblioteca Nacional? Es que además mal puede iniciar cualquier director su gestión si desconoce qué es lo que hay y en qué estado está. Sólo luego de conocido esto podrá abocarse a su debido procesamiento técnico y a procurar la incorporación de los faltantes mediante adquisición, canje, duplicación, o donación.

Al hacerse cargo de la dirección, Groussac dijo haberla recibido en enero de 1885 con un total de 35.149 volúmenes, en este caso el sustantivo esta referido sólo a publicaciones independientes, a libros y folletos. Martínez Zuviría en 1932 manifestó que la Biblioteca Nacional poseía en 1893 *una existencia de 62.707 volúmenes impresos*, tomando el *cómputo, que estimo exacto*, nos dice, dado por Groussac.

A las autoridades nacionales y público en general congregado en el acto de inauguración del edificio de la calle México, a fines de diciembre de 1901, Groussac les habló de *este conjunto de cien mil volúmenes*. Resulta singularmente curioso que justo esta misma cantidad aparece pronosticada por él en 1893, cuando confeccionó el prefacio al tomo primero del *Catálogo metódico*.

En 1903 la Biblioteca Nacional había recibido en donación la colección de libros de Amancio Alcorta y adquirido la perteneciente a Ángel Justiniano Carranza. Con tales motivos Groussac se dirigió el 28 de abril al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública informando que entonces la cantidad de volúmenes ascendía a 130.000.

Preocupado Leopoldo Melo por darle buen destino a la biblioteca y el archivo documental de Estanislao S. Zeballos, presentó en 1926 en el Senado de la Nación un proyecto proponiendo que se autorizara al Poder Ejecutivo a invertir una suma de dinero en su adquisición.

En los fundamentos de la iniciativa aparece citado un trabajo de Enrique Sparn, sobre *El crecimiento de las grandes bibliotecas de la tierra durante el primer cuarto del siglo XX*, y tomando de él, Melo dice al pasar que *muestra Biblioteca Nacional, la que sólo reúne 275.000 volúmenes*. Con la lectura de este estudio, Melo elabora una reflexión: *mientras nuestra Capital ocupa un puesto destacado en la lista de los puertos comerciales de más movimiento en el mundo, alcanzando a figurar entre los 10 primeros, su mayor biblioteca pública no alcanza a estar inscrita, ni entre las 60 principales*.

Fue entonces cuando Groussac, tal vez sintiéndose tocado, se dirigió al Ministro de Justicia e Instrucción Pública afirmando que la Biblioteca Nacional poseía en ese momento 400.000 volúmenes.

*¡Lástima que esa vez no fuese verdad tanta belleza!* comenta con escándalo de razón Martínez Zuviría. Pero esto no quedó ahí, la cifra fue en aumento, sin que necesariamente estuviera avalada por un crecimiento real. Sobre esto hay una curiosa información en la memoria correspondiente al año 1934.

*Algún subalterno, demasiado celoso de los prestigios de la institución, hizo un inventario a ojo de buen cubero y la rotunda cifra empezó a rodar en letras de molde y aun se fue agrandando por sí sola, sin que la Biblioteca se agrandara a la par. Y acabó por hacerse carne en el público la idea de que nuestra Biblioteca de Estado poseía medio millón de volúmenes.*

En una nota de pie de página, incluida en la citada memoria publicada por Martínez Zuviría dice que *hay quien no llama volúmenes a los folletos y menos a las hojas sueltas. Pero hay quien computa como tales todo lo que está fichado aparte, hasta los mapas, los cuadros, los manuscritos. Más adelante veremos que en 1926 el señor Groussac también contó sus libros con el optimismo del ilustre poeta /José Marmol/, pues anunció al Ministerio que la Biblioteca tenía 400.000 volúmenes, siendo así que en el inventario practicado por su sucesor el doctor Melo (1931), sólo resultaron 175.000.*

Como resultado de las constataciones efectuadas *por los mismos empleados* que colaboraron en la gestión de Groussac, al tratar el tema inventario, en el informe presentado al Ministro de Justicia e Instrucción, el director Carlos F. Melo dejó constancia que:

*Este inventario ha dado, al diez de Diciembre de 1930, fecha en que me recibí de la Biblioteca -los libros entrados después, serán objeto de un párrafo especial en este informe-, el resultado siguiente: volúmenes: 175.216, de los cuales, una sexta parte deteriorados. Documentos: 8.374; de éstos, una mitad deteriorados; y de éstos, muchos casi completamente perdidos.*

Sobre la base de conjeturas y no de un prolijo recuento, Martínez Zuviría dijo en el prólogo al séptimo tomo del catálogo metódico publicado a mediados de 1931 que el total se estimaba en 295.000 volúmenes. Lo cierto es que, tras un *prolijo recuento, que se ha realizado, libro por libro, folleto por folleto, se estuvo en condiciones de aportar una "cifra seria" de 261.638 piezas, 197.642 volúmenes y 60.945 folletos, el resto eran mapas y láminas.*

Cuando la revista *Nosotros* publica el número especial de homenaje a Groussac, después de su fallecimiento, uno de sus colaboradores en la Biblioteca Nacional señaló que una faceta de él no fue tratada. Manuel Selva entendía que restaba hablar de Groussac *como bibliólogo y bibliotecario*. La queja de Selva apareció en el mes de setiembre de 1929 y la formuló desde la revista *La literatura argentina*. Nadie más autorizado que Selva, un maestro en la especialidad, para reclamar desde lo bibliotecológico; pero créase o no a la hora de la muerte de Groussac no contó tanto su función como bibliotecario. Enrique Ruiz Guiñazú vio en la Biblioteca Nacional no más que el ámbito usado por Groussac para *su alta cátedra*.

La revista *Claridad*, el 13 de julio de 1929, le dedicó la tapa donde al pie de su fotografía aparece un epígrafe que dice *Paul Groussac, cuya principal obra fue la organización de la Biblioteca Nacional*; pero en el sumario no aparece una sola página sobre él y mucho menos sobre sus muchas décadas al frente de ese organismo. Recién en la entrega 189, publicada el 24 de agosto, aparece un artículo de Juan Antonio Senillosa sobre *La confesión in extremis*, sobre el testamento filosófico de Groussac.



Esta suma de algunas opiniones divergentes y de distintas procedencias sobre esta personalidad, más aquellos desmentidos de los funcionarios que le sucedieron en la conducción de la Biblioteca Nacional sobre las estadísticas e informes que, de tanto en tanto, elevaba al Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública (después Justicia e Instrucción Pública) están mostrando la necesidad de terminar con las frases hechas y textualmente reiteradas sobre la gestión Groussac e invitan, si no obligan, a trabajar en una revisión sobre los cuarenta y cuatro años de su desempeño como director de la Biblioteca Nacional.

Aunque su nombramiento fue objetado, llegó a este cargo por su vinculación con algunas figuras que entonces y durante mucho tiempo poseyeron prestigio y varios de ellos poder, mucho poder. Fueron sus camarada José Manuel Estrada y Ángel de Estrada, Pedro Goyena y Aristóbulo del Valle, el Delfín Gallo y Miguel Cané, Lucio Vicente López y José María Ramos Mejía, Manuel Lainez y Nicolás Avellaneda, Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña. Después presencié la muerte de todos. Desde su despacho y vivienda de la Biblioteca Nacional vio como los iba perdiendo, uno a uno, en tanto él se prolongaba en el tiempo como exponente de aquella camada.

### LA BIBLIOTECA, SU REVISTA

El órgano principal de difusión de la Biblioteca Nacional tiene su genealogía y su genearca. Aunque se hace y con frecuencia, a tal punto que es moneda corriente, los hechos históricos no deben recibirse con beneficio de inventario; sin perjuicio de cuál sea el juicio que a cada uno merezcan. En este caso la genealogía de este, o de los publicados en diversas etapas, comienza con la *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, que es en realidad principio de todas cuantas después aparecieron<sup>14</sup>. Aunque esto es así, porque lo certifican los hechos, por distintos motivos tan sólo se ha estudiado y se recuerda a la posterior, la primera publicación periódica editada durante la dirección de Groussac.

En cuanto a personas nadie tiene origen en la nada, cuando de genealogía se habla, pero se da el nombre de genearca a quien da origen o es cabeza principal de una rama. En este caso particular y utilizando esta disciplina auxiliar, la *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos* si bien es el antecedente inicial de toda cuanta publicación periódica fueron apareciendo, por circunstancias concurrentes a *La Biblioteca* de Groussac sería un tanto difícil disputarle su calidad de genearca.

Quienes coleccionan revistas tienen especial interés en poseer el primer número, otros muchos se ocupan por el número inicial (que llaman *el número 0*). Pero los exquisitos en la pasión por poseer estas publicaciones gustan mostrarlas con el impreso publicitario que precede su presentación comercial.

En el Buenos Aires de 1896 circuló un prospecto anunciando la inminente aparición de una nueva revista, dedicada a temas de *historia, ciencias, letras y artes*. Este tipo de impreso hoy día puede parecer una curiosidad, pero fue la forma generalizada de promover un nuevo emprendimiento periodístico en el ambiente cultural, remitiéndolo a los posibles interesados. La prensa escrita, entonces único medio de difusión existente, recogía en sus columnas los detalles sobre el lanzamiento de la nueva colega y a veces aportaba algún comentario laudatorio de circunstancia, o simplemente expresaba sus buenos augurios. En este aspecto siempre se favorecía a la futura publicación, máxime cuando no se perfilaba como competidora en el campo de la comercialización, por ser su objetivo esencialmente cultural.

Como era de práctica, el librero y editor Félix Lajouane sacó a principios de junio de ese año 1896 un prospecto. Se trataba de una hoja impresa, plegada en dos,

con textos en tres de las cuatro páginas, anunciando que el día 15 aparecería el primer número de la revista *La Biblioteca* y sería dirigida por Paul Groussac. La primera página llevaba un membrete en el ángulo superior izquierdo; era el escudo del editor que, además del monograma orlado de sus iniciales entrelazadas, tiene en semicírculo su lema empresario *sine labore nihil* (nada sin trabajo). Dividido en dos partes, la primera está dedicada a establecer las líneas generales que la caracterizarían y en la segunda, llamada *Condiciones*, se ocupa de la forma de distribución y compra. En ese prospecto, rico en detalles de toda índole, se informaba que la nueva publicación sería una revista mensual. Al igual que la primera entrega las sucesivas, que según dijo Lajouane saldrían a la venta el 15 de cada mes, podrían adquirirse en su librería y en todas las librerías principales de Buenos Aires. Gracias a los vínculos de Paul Groussac, también en el exterior los interesados la encontrarían en negocios del ramo: en América latina estarían en la librería de Barreiro y Ramos (Montevideo), de Roberto Miranda (Santiago de Chile), de la viuda de Galland (Lima), de F. Briguier & Cia. (Río de Janeiro), de Uribe y Cía. (Asunción), de la viuda de Ch. Bouret (México), y en Europa en lo de Victoriano Suarez (Madrid) y en la rue Scribe 19 (París).

Se estableció el precio en \$ 2 cada ejemplar. La suscripción anual en Buenos Aires costaba \$ 20. Al interior del país solamente se remitía la revista por suscripción más un pequeño recargo para cubrir los gastos de envío, todo lo cual sumaba un total de \$ 21,50. El pago anual estipulado para su envío al exterior fue de 10 \$ oro. La administración de *La Biblioteca*, a donde debía remitirse los pedidos de suscripción, números atrasados, o para cualquier consulta, estaba ubicada en la calle Perú 79.

Pero ni la venta ni la suscripción fueron el sostén de esta publicación. *Gracias a una subvención del presupuesto nacional, de 14.400 pesos anuales (1.200 por cada número)* -recuerda Martínez Zuviría en el prólogo al n° 1 de la que él dirigió- *logró subsistir dos años, hasta 1898, en que desapareció. Su colección forma ocho hermosos volúmenes.*

En cuanto al volumen de la revista, cada número sería de 160 páginas. La forma y capacidad adoptada era igual al de *las principales revistas contemporáneas, para no privarse en caso contrario, de materiales valiosos que por su extensión hubiese de rechazarse ó dividirse.* Cada cuatro entregas formarían *un elegante volumen gran in- 8ª de 640 páginas*, con numeración correlativa. *El año importa/rá/ para el suscriptor una obra de tres volúmenes.* En todo esto hubo algunas excepciones que por cierto no desmerecieron la palabra empeñada ante los lectores, tanto la del director Paul Groussac como la del editor Félix Lajouane, pero deben darse a conocer para mayor precisión en torno a la vida de esta publicación.

Cuando al confeccionar el *Índice general de La Biblioteca (1896-1898)*, Ernesto J. A. Maeder revisó la colección completa advirtió que en realidad el único tomo con cuatro entregas fue el segundo, los demás se formaron con tres entregas. El total de 640 páginas lo tiene el tomo segundo, seis de los otros siete restantes tienen una cantidad que oscila entre 468 y 496, el octavo (que es el último) llegó solamente a 288. Su tamaño no fue alterado, desde el primero hasta el último número, la hoja tuvo 245 x 155 mm. y la caja 180 x 101mm. Cada entrega se ofreció en dos tipos de encuadernación: una en *rústica a la americana*, o *encolada al lomo* y con tapas de cartulina; la otra en tela roja, con grabados en bajorrelieve de color negro y dorado, y alrededor con un filete gofrado. En la rústica, el exterior de la tapa traía el índice. Como si se tratara de una edición de su propiedad, la encuadernada en tela, en el ángulo superior izquierdo de la tapa, ostentaba un monograma con las iniciales de Paul Groussac.

Maeder afirma que después de la primera entrega, terminada el 15 de junio de 1896, *La Biblioteca* continuó así regularmente hasta la última que se produjo en abril

de 1898. Por lo menos el tercer número fue demorado, en este caso se colocó al pie de la cubierta superior (en el lado exterior) esta información: *Recordamos á nuestros lectores que la huelga de tipógrafos es causa de salir á luz con notable retraso el presente número.* También varió el precio para la venta en el exterior: de los 10 \$ oro cobrado inicialmente al tiempo fue rebajado a 8 \$ oro.

¿Fue el editor quien se encargó de los trabajos de composición e impresión de esta revista? Entre quienes se ocuparon de su existencia, unos señalan como editor e impresor a Félix Lajouane, establecido en la *Calle del Perú 85*, y otros a Pablo E. Coni e Hijos, con taller en Perú 680. En realidad ni uno ni el otro desempeñaron ambos roles: Lajouane fue sólo el editor, *receptor de avisos e informaciones* y encargado de su distribución y venta, pero todos los números se imprimieron en el taller gráfico de Pablo E. Coni.

El mayor volumen de la revista no presentó una división en secciones con carácter permanente, se incluían colaboraciones sobre cualquier tema. En el balance general es cierto que se advierte el predominio de las referidas a historia, letras y ciencias sociales, tal cual lo había prometido el editor Lajouane en su prospecto, pero también las hay sobre temas de derecho, finanzas, artes plásticas, cirugía, cosmética, economía política, ética, folklore, higiene, impuestos, iluminación, lingüística, medicina, meteorología, recursos minerales, música, telegrafía, alcoholismo, suicidios, y teatro.

Casi con regularidad aparecieron tres secciones a las cuales se les destinó escaso lugar. Una de estas secciones, ubicada si era breve en el interior de la cubierta inferior y si era extensa en las páginas comunes, estaba dedicada a *Boletín bibliográfico*, con críticas sobre las nuevas publicaciones del trimestre. Otra sección, *Documentos*, era donde Groussac incluía aquellos que estaba utilizando en sus trabajos personales, a veces existentes en la Biblioteca Nacional. Y en la tercera, llamada *Redactores de "La Biblioteca"*, ubicada en el interior de la cubierta superior y en ocasiones ocupando el espacio del *Boletín bibliográfico*, aparecían las presentaciones de los colaboradores, los conocidos *medallones*.

Del octavo tomo se editó un número doble, donde se incluyeron todos los medallones publicados. Entre los admiradores de Groussac no faltan las referencias a estas presentaciones, algunas tan extremadamente laudatorias que invitan a sospechar la imposibilidad de que las hayan leído. Entre estos se cuenta Germán García quien afirma desde *La Prensa* el 22 de diciembre de 1963, en *Paul Groussac y la Biblioteca Nacional*:

*Si no fuera más que por los "medallones" con que su director presentó a los que en ella escribieron -y éstos publicaron allí páginas que quedaron firmes en nuestra literatura- ganado tenía su sitio en la historia.*

En las secciones *Boletín bibliográfico* y *Redactores de "La Biblioteca"*, el Director aprovechaba para juzgar los méritos de las nuevas publicaciones y hablar ex cátedra de los colaboradores. También desde aquí –al decir de Alejandro C. Eujanian, en el artículo sobre *La Biblioteca*, publicado en 1997 por la Asociación Argentina de Editores de Revistas- Groussac *se convirtió en un "faro" que distribuyó a su antojo luces y sombras.*

Pero no a todos Groussac los trató en sus presentaciones de igual manera, y en un caso llegó hasta rozar a uno de los autores más jóvenes con la humillación pública. Esto no fue olvidado por Manuel Gálvez y lo rememoró en sus descarnadas pero sabrosas memorias, donde se ocupó de muchos con *un poco de justiciero veneno*, pero no tanto de sus obras como de las personas. En el primer tomo de sus *Recuerdos de*

*la vida literaria*, dedicado a los *Amigos y maestros de mi juventud*, que data de 1944 y reeditado en 1971 por Gregorio Weinberg en la colección *El pasado argentino*, dice que todos los jóvenes lo admiraban por sus cualidades:

*Y también por sus frases  
malignas. Todos  
recordábamos aquello  
que dijo del pobre Luis  
Berisso, en la semblanza  
que de él hiciera cuando  
colaboró en “La  
Biblioteca”: “Colabora  
en diarios y revistas. Es  
su característica. Está  
en vísperas de tener  
talento.”*

Cuando en una oportunidad Jorge Luis Borges se refirió a los prólogos dijo de estos que pertenecen a un *género elogioso*, que *se parecen menos a un juicio que a un brindis, o un saludo*. En conversaciones con Roy Bartholomew y Antonio Carrizo, transmitidas en el programa radial de éste último *La vida y el canto* durante 1979, luego publicadas en México con el título *Borges el memorioso* por el Fondo de Cultura Económica, encontramos este diálogo:

*Borges.*

.....  
*Se entiende que en un brindis tiene que haber algo efusivo, algo exagerado. Que el lector lo descuenta. En un prólogo también. Porque un prólogo no va a atacar el libro que prologa. O no va a censurarlo tampoco.*

*Bartholomew. Sería lindo escribir un libro de prólogos, en los que cada uno refuta un libro imaginario.*

*Borges. Bueno, podemos hacer eso.*

*Carrizo. O de prólogos en contra.*

*Bartholomew. Claro refutando.*

*Borges. Sí.*

*Bartholomew. Una demolición previa.*

*Borges. Recuerdo que Groussac, de algún modo, hacía eso. Porque Groussac, en los medallones de “La Biblioteca”, censuraba a los escritores cuyos textos había publicado. Por ejemplo, de Luis Berisso dijo: “Mucho puede esperarse de él. Es estudioso, es joven, y está a punto de tener talento”. (Sonríe).*

*Bartholomew. (Riendo). ¡Qué barbaridad!*

*Borges. Y eso lo publicó en el mismo número en que fue publicado un trabajo de Berisso. Rarísimo. Era una descortesía de Groussac, desde luego. Yo creo que sí. “Está a punto de tener talento”*  
...

Atemperando lo dicho, Borges agregó:

*Después, cuando tuvo que reimprimir eso, cuando se reimprimió, puso: “Tiene talento”. Con lo cual la frase, desde luego, pierde todo.*

En honor a la verdad, lo recordado por Gálvez y Borges es cierto pero no exacto. Al final del cuarto tomo de *La Biblioteca* publicado en 1897 se encuentra la presentación hecha por Groussac en la cual refiere a la vocación *literaria y artística* de Berisso, que *ha sido, es y será colaborador literario de diarios y revistas: es su característica*, que en Europa estuvo *en contacto con los hombres y las cosas del arte*, que *desarrolló sus conocimientos literarios, cultivó su gusto, que acaso sea el único*

*argentino que, después de los treinta años, cifre en las puras letras su mayor delicia y única ambición.* Después de todo esto remató con un: *Culto tan noble merecía y ha recibido su recompensa: el señor Berisso está en vísperas de tener talento.*

Así todo, como se ve lo escrito por Groussac fue mucho más cruel. Con talento, como con sentido común, se nace no se lo adquiere y si a alguien a quien le estaba publicando un trabajo lo presentó de ese modo, no fue más que para ejercer ese paternalismo burlón siempre presente en su comportamiento como autor y como crítico.

Después del su fallecimiento, aunque preparado en las vísperas, en el número de *Nosotros* dedicado en homenaje a Groussac, uno de los pocos números especiales que editó esa revista, colaboraron algunos ya por entonces varios iniciados en caminos divergentes. Sin desconocer sus incuestionables méritos, Ramón J. Cárcano lo recordó también *descargando golpes de exterminio* y Luis Berisso no olvidó en él *el /siempre e/ inevitable zarpaso* que tanto le caracterizó, en lo personal tuvo presente haber merecido *del temido polígrafo uno de sus medallones lapidarios.*

Las noticias biográficas o medallones dedicados a Horacio Beccar Varela, Julio Argentino Roca, M. Romero y Adolfo Saldías fueron escritas por su fiel colaborador Enrique Rodríguez Larreta.

Rodríguez Larreta, según noticia aparecida en el quinto tomo editado en 1898, fue también director interino de la revista durante las vacaciones de Groussac.

De estas tres mencionadas secciones, sólo estuvo siempre presente la referida a la presentación de los colaboradores ya que el *Boletín bibliográfico* falta en algunos números y en otros la *Sección de documentos.*

*Una sección titulada Crónica del mes, anunciada desde el primer número, no llegó a publicarse,* afirma Maeder. Aunque revisé el primer número de cabo a rabo, nada se dice al respecto, pero sí me enteré que existió tal propósito por una *Nota de la Dirección* a pie de página, publicada en el segundo número, la que transcribo:

*La abundancia de materias nos obliga a suspender la publicación de las secciones "Documentos inéditos", "Crónicas del mes" y "Boletín bibliográfico", quedando compuesta la primera. Pagado una vez este tributo al aprendizaje, podemos asegurar a nuestros lectores que esta falta no se repetirá. En adelante dichas secciones aparecerán regularmente en cada número.*

Firmado *El Editor*, lo que aparenta haber sido el sustituto del nombre y apellido usado por Félix Lajouane, la primera parte del citado prospecto se refiere al destino de iniciativas similares, los propósitos de esta revista, al estilo de la dirección y a la relación que se proponía mantener con los autores, el respeto por sus ideas y la temática de los trabajos. Esta incursión en lo que sería la vida misma de la futura publicación excedía la incumbencia de cualquier editor. En realidad tras el seudónimo *El Editor* estaba el puntilloso Groussac. Solamente así podía *El Editor* prometer que sería una revista *abonada por las mejores firmas, y en todo caso por el juicio imparcial y severo de la dirección, no inspirado sino en el propósito de mantener siempre alto el nivel intelectual de la publicación.* Ya en el inicio, se reconoce en el prospecto que a *La Biblioteca* se la había apartado de correr el riesgo de no poder sobrevivir a las exigencias iniciales para su arraigo, como ocurrieron con tantas otras que no pasaron de ser un sueño. Para que esta no fuera mirada como una próxima víctima más de la ilusión y tomando los recaudos para colocarla entre las que *gozan de más autoridad y renombre en otros países,* su creación fue efectuada con el sostén del Congreso Nacional; comprendiendo la importancia para el país de tener un Director empeñado en hacer de ella no solamente *una de las expresiones más elocuentes de la intelectualidad*

*nacional, sino que ha de estender su influencia á toda la América de habla española, como ha de ser la que trasmite á este país la de otros centros de cultura de este continente.* Para lograr este objetivo Groussac por entonces ya mantenía vínculos con figuras representativas nacionales y del exterior, a quienes había anticipado lo que luego apareció en el prospecto:

*Así podrán por fin, los buenos escritores de este y otros países Americanos, encontrar en Buenos Aires el órgano de publicidad apropiado á la índole de los trabajos de investigación literaria, científica, histórica ó política, ajenas de las hojas diarias; y consagrarse al estudio esencial y profundo de las materias de su libre predilección, seguros de hallar el medio de publicidad cuya falta á tantos desalienta y arredra.*

*El Editor* prometía a los hombres de ciencias, letras y artes *una tribuna propia* de carácter independiente *de una crítica elevada, sin reatos de sectas ni partidos.* En su trabajo de información sobre *La prensa literaria argentina 1890-1974*, Washington Luis Pereyra define la ideología de *La Biblioteca* como *académica*, confundiendo *ideología* con *estilo*. Groussac exigía a sus colaboradores nivel y estilo académico, como condición insoslayable, pero si se quisiera encuadrarla ideológicamente sólo se puede decir que fue pluralista.

No obstante todos los pormenores, en el prospecto se omitió decir que la nueva revista sería el órgano periodístico de la Biblioteca Nacional. Cuando en 1961 Nélica Salvador se ocupó de esta publicación, en su *Revistas literarias argentinas*, señaló que en la segunda época, a cargo de Jorge Luis Borges, apareció subtitulada con la especificación de su pertenencia al organismo: *En esta etapa varía también el subtítulo, que ahora consta: "revista de la Biblioteca Nacional"*. Esta omisión del prospecto no fue salvada por Groussac en su presentación del primer número; por el contrario aprovechó la oportunidad para dejar bien sentado que: *Aunque subvencionada, nuestra publicación no tiene, pues, carácter oficial en forma alguna.* Esta apreciación fue consentida desde el gobierno nacional.

Cuando en 1896 se trató de dar forma a esta revista, el entonces ministro de Justicia e Instrucción Pública, Antonio Bermejo, dejó librado al *albedrío* /de Groussac/ *todo lo concerniente á la futura publicación. Plan é índole de la revista, periodicidad ó reparto de sus ejemplares, conjunto de detalles de su ejecución material: en nada quiso intervenir; no intentó regimentar las Musas.*

Ya en el primer número de *La Biblioteca*, el Director retiró el subtítulo de *Revista mensual de historia, ciencia y letras*, que había aparecido en el prospecto de Lajouane, y en su reemplazo, seguido del nombre, le espetó como subtítulo *Revista mensual, dirigida por P. Groussac.* Él creyó posible esta utopía, llevándola al absurdo de convencerse que en ella tenía derecho a dar cabida a sus filias y fobias, estas últimas con la mordacidad a la que estaba acostumbrado. En esto radica el origen de la corta vida que tuvo *La Biblioteca*. Soberbio al límite, cuando su superior en la jerarquía administrativa le señaló el error de apreciación, prefirió resignar esta importante empresa antes que aceptar desenvolverse dentro de la realidad.

El germen de este desenlace anidó en el primer número, donde inició una polémica con Norberto Piñero. *El que fuera director de la revista La Biblioteca* -opina Adolfo Prieto en *La generación del ochenta: las ideas y el ensayo*, publicado en la *Historia de la Literatura Argentina*, editada en capítulos por el Centro Editor de América Latina-, *con capacidad inherente de recibir o rechazar colaboraciones, significaba, de hecho, una manera de usar poderes discriminatorios, pero La Biblioteca*

abarcó sólo un período de dos años (1896-1898) y se publicaron 24 números con sus siglas.

Para Hebe Carmen Pelosi -en un ya citado trabajo- las revistas de historia que representan nuestra edad de oro fueron editadas en la segunda mitad del siglo XIX y son: *Revista de Paraná*. 1861, *Revista de Buenos Aires*. 1863-1871, *Revista argentina*. 1868-1872/1880-1881, *Revista del Archivo General de Buenos Aires*. 1869-1872, *Revista del Río de la Plata*. 1870-1875, *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*. 1879-1882, *Nuestra revista de Buenos Aires*. 1881-1885, *Revista nacional*. 1866-1908, *Revista patriótica del pasado argentino*. 1888-1892, *La Biblioteca*. 1896-1898, y *Revista de derecho, historia y letras*. 1898-1923.

De Groussac dice Pelosi que en *La Biblioteca* aportó la profundidad de los planteos, la elegancia del estilo y la ironía sutil de su expresión. Para otros el juicio de valor arroja resultados diferentes, pero lo que nadie pudo decir es que en ella estuvo ausente como autor. Además de su presencia real como director de *La Biblioteca*, Groussac no dejó de entregar sus colaboraciones personales. Con la laboriosidad que le caracterizó se lo encuentra en todos los números<sup>15</sup>.

Cuando se supo que Groussac dejaría de publicar *La Biblioteca*, en Buenos Aires comenzó a editarse *El Mercurio de América*, mensuario cuya dirección ejerció Eugenio Díaz Romero. Era una revista que se erigió en sucesora de *La Biblioteca* por lo cual, como lo expresó en el primer número, procuraría continuar la obra de difusión cultural que aquella inició: *La Biblioteca ha sido hasta hace algunos días el órgano artístico social que más se ha leído en Buenos Aires y en todas las provincias de la República. No obstante, La Biblioteca fue poco conocida en los países del Nuevo Mundo. El Mercurio de América, en una esfera menos brillante y no tan estrecha, tendrá, Dios y el tiempo mediante, la amenidad y la vibración juvenil de que carecía La Biblioteca.*

No es el caso de cuestionar lo poco que se pudo haber conocido a *La Biblioteca* de Groussac en los países del Nuevo Mundo, según lo afirma este poeta y socio de Rubén Darío, lo cierto es que, además de las ciudades de Madrid y París, a esta revista se la exhibió en Montevideo, Santiago de Chile, Lima, Río de Janeiro, Asunción y México.

Las dos decenas de números que aparecieron en Buenos Aires de la revista *El Mercurio de América*, de ochenta páginas cada uno, se imprimieron entre agosto de 1898 y setiembre de 1900.

Con el tiempo *La Biblioteca* ha sido motivo de consideración por parte de estudiosos, especialistas en historiografía y en crítica literaria, y siempre la seleccionaron por raro exponente de publicación oficial, a cargo de esa figura casi estereotípica del investigador de gabinete, del intelectual absorbido por las minucias de los ficheros bibliográficos, y crítico influyente entre los escritores contemporáneos. Al estudiar nuestras revistas literarias, Héctor René Lafleur y Sergio Provenzano, en el trabajo que publicaron en la *Historia de la Literatura Argentina*, editada en capítulos por el Centro Editor de América Latina, dijeron de ella: *esta /... / constituye la excepción a la regla en materia de revistas literarias: fue una revista oficial, de historia, ciencias y letras y, no obstante publicarse durante el breve plazo de dos años, completó 24 números del más importante material literario de su tiempo. Fue así que en sus entregas se anticiparon algunas de las páginas que quedarían luego como las muy significativas de la estética modernista.*

A propósito del modernismo, los modernistas, y Groussac, el ensayista y catedrático Noé Jitrik, en un breve como importante análisis sobre aquel movimiento, aclara: *Este intelectual francés, rector del pensamiento y la expresión argentina, cabal representante del espíritu del 80, no simpatizó con el incipiente modernismo pero abrió*

*sus puertas a sus representantes, colaboraron allí Darío, Larreta, Alberto Williams, Eduardo Schiaffino, Luis Berisso, Almafuerte y Lugones junto a los prohombres del 80. En otras secciones de la revista Groussac hacia pedazos la nueva literatura acusándola de imitación lisa y llana de escritores franceses. En 1896, no obstante publicó el "Artemis", de Enrique Larreta, hecho importante porque implica la inauguración de la prosa modernista argentina. Rodolfo A. Borello en Modernismo y narrativa: Enrique Larreta, agrega: La primera obra de Larreta apareció en La Biblioteca, la revista de Groussac, en 1896. Era un cuento titulado Artemis, y su tema y estilo anunciaban ya una orientación literaria que sus libros posteriores confirmarían. Entonces este autor firmaba Enrique Rodríguez Larreta, es decir sin desechar el apellido paterno.*

Coincidente con los juicios de los autores citados, Nélica Salvador en *Revistas literarias argentina (1893-1940). Aporte para una bibliografía*, publicado en 1962 por el Fondo Nacional de las Artes, expresó entonces: *Por su disciplinado contenido y por la ecuanimidad de su orientación, que sin discriminar posturas estéticas atendía particularmente al nivel de la calidad, "La Biblioteca" se constituyó en la publicación más importante de la época modernista y en sus páginas hallaron difusión escritores y estadistas de vasta notoriedad posterior. Y agrega: Entre los méritos indisputables de esta revista, se encuentra además el de haber dado a conocer las obras iniciales de los dos escritores más representativos de modernismo argentino: Enrique Larreta y Leopoldo Lugones. Del primero, "Artemis"; del segundo, el poema "La voz contra la roca", que luego formaría parte de su libro "Las montañas del oro", y "Un estreno", relato que integraría La guerra gaucha. Como expresa Carlos Alberto Loprete en su obra "La literatura modernista en la Argentina", "Con ser tan poco generosa la actitud oficial de la revista para con el movimiento modernista, prestó sin embargo servicios inestimables a los escritores de esa tendencia"*<sup>16</sup>.

#### UNA POLÉMICA Y SU VÍCIMA

¿Dónde y cómo se originó esta polémica?

En casa de Rafael Obligado se había fundado en 1892 una sociedad de ocupados y preocupados por temas artísticos y literarios, que se conoció con el nombre de Ateneo. La integraron un grupo de conocidos caballeros, entre los que se encontraba Norberto Piñero. El 25 de abril del año siguiente se instalaron en la Avenida de Mayo y Piedras. La labor intensa del Ateneo duró seis años, después comenzó a declinar y en 1903 desapareció.

La Junta Directiva del Ateneo resolvió, el 3 de julio de 1893, *emprender la publicación, en ediciones críticas, de las obras nacionales inéditas o cuyas ediciones estuviesen agotadas o fuesen notoriamente defectuosas*. Siete días después, esa Junta determinó dar comienzo a esta labor con la publicación de los escritos de Mariano Moreno, a lo que seguirían las obras de José Mármol y Juan María Gutiérrez.

Por entonces se disponía solamente de la primera edición de arengas y escritos de Mariano Moreno, publicados por su hermano Manuel en 1836, libro muy frecuentado por Bartolomé Mitre. Esta edición había sido precedida por la inserción de algunas de esas piezas que Manuel efectuó en 1812 en su *Vida y memoria del doctor Mariano Moreno*.

Cuando el Ateneo decidió reeditar estos escritos ya se habían encontrado otros, hasta entonces desconocidos, e identificado algunos más que carecían de la firma de Mariano Moreno. De estos últimos uno comprometía seriamente la visión de ese



entonces sobre el proceso emancipador y el papel de Mariano Moreno. Esto ocurrió cuando Eduardo Madero, que se encontraba en España investigando fuentes relacionadas con la historia del puerto de Buenos Aires, halló en el Archivo de Indias de Sevilla una copia de lo que luego se conoció como *Plan de Operaciones* y se la remitió a Bartolomé Mitre.

Este documento mostraba que su autor no era hombre partidario de proceder atemperado ni de ideología liberal, sino un jacobino, francamente decidido en favor de imponer un estado empresario, proteccionista, y defensor de los recursos naturales. Esto preocupó a algunos historiadores. Su rechazo inmediato y la calificación de apócrifo fue porque las propuestas del autor del plan iban mucho más lejos que al simple reemplazo de la autoridad virreinal. Esto tenía analogía con las medidas que Mariano Moreno había tomado y expuesto en varias situaciones. A esto debe sumarse que ya aquí se conocía la obra de Mariano Torrente, *Historia de la revolución hispanoamericana*, publicada en Madrid en 1829, donde hablaba de un informe secreto que Moreno había elevado a la Junta para arraigar a la Revolución. Entonces, el hallazgo de Madero fue sepultado sin lápida, como se ha dicho. Pero cuando las tareas de selección, ordenamiento y prólogo de escritos de Mariano Moreno le fueron encomendadas por el Ateneo a Norberto Piñero, éste obtuvo en el mismo archivo otra copia del plan y lo incluyó.

Concluida la tarea de Piñero, se editó en 1896 en la imprenta de Pablo Coni e Hijos, año en el que también aparece *La Biblioteca*. Con este volumen se inició la colección *Biblioteca del Ateneo*. En lo que a escritos de Mariano Moreno se refiere, la inclusión del *Plan de Operaciones*, el prólogo, y la metodología empleada produjo la primera gran polémica sobre el prócer. La justa tuvo dos contendientes, blandiendo espadas a fondo Norberto Piñero y Paul Groussac, y una víctima: *La Biblioteca*.

Para la ocasión, si Piñero expuso desde el libro, Groussac prefirió usar las páginas de la revista *La Biblioteca*, publicación de la Biblioteca Nacional que las autoridades le habían confiado a él en razón de ser director de ese organismo cultural, con lo cual la hirió de muerte.

Con el título de *Escritos de Mariano Moreno*, Groussac publicó sobre el tema dos extensos trabajos de crítica reprobatoria a la introducción de Piñero. El primero estuvo listo para ser incluido en el número de estreno de *La Biblioteca*, entre este y el segundo medió una réplica enérgica de Piñero, contestada con la feroz réplica en el séptimo número.

En su primera crítica Groussac se refirió al autor del prólogo en cuestión diciendo que *tiene prendas de carácter é inteligencia que le han granjeado el aprecio general y el mío propio*. Pero como la ocasión no era para *relaciones sociales ni de simpatías, mucho menos en una cuestión que, con parecer tan llana, interesa y compromete principios de moralidad política y de conciencia histórica, fuera de las doctrinas filosóficas y métodos literarios que son parte directa en el proceso, y se relacionan con el desarrollo y disciplina del espíritu argentino*, abordó su tarea sin concesiones. Él se refiere a ella como un *examen*, en realidad fue una vivisección medular del trabajo en cuestión. Al iniciar la tarea opinó irónicamente de Piñero diciendo que *su buen nombre, por fortuna, no depende de este su primer ensayo de crítico aficionado*.

No fue esta una crítica de circunstancia, sin duda tuvo carácter magistral. Tal vez con ella Groussac también quiso advertir que *La Biblioteca* no sería el órgano de difusión de la Biblioteca Nacional sino su revista, desde donde recibiría o rechazaría colaboraciones y además podría reinar repartiendo a los autores laureles o azotes, según su entender.

A escaso tiempo Norberto Piñero respondió con otro volumen, *Los escritos de Moreno, y la crítica del señor Groussac*, impreso en un taller privado, *de ciento y tantas páginas, relativo, como lo indica acertadamente su doble título, á cierto juicio nuestro*, informó Groussac a los lectores. Conviene mencionar que fue editado por Lajouane e impreso en el taller de los Coni, por lo que no sería extraño que a tiempo alguno de ellos le corriera traslado a Groussac del original para que tomara conocimiento anticipado.

Lo cierto es que la dúplica de Groussac no se hizo esperar. En poco más o menos de un mes su estocada final estuvo en las páginas del séptimo número de *La Biblioteca*. Todo criollo entenderá si digo: Groussac, quien llegó al país y antes que nada hizo *una pasantía de ovejero en San Antonio de Areco* -según lo recuerda Carlos Correa Luna en un artículo publicado en *La Prensa* el 14 de noviembre de 1926- cargó dos veces contra la obra de Piñero: en la primera su cuchillada fue de filo y contrafilo, con la segunda sin necesidad remató de punta. Pero con todo Piñero no murió y hasta lo recordó sin encono en 1938, cuando se vio obligado a responder lo sostenido sobre el mismo tema por Ricardo Levene:

*El señor Groussac fue un ilustre historiador y un ilustre crítico, al que la Argentina debe grandes servicios, en la investigación de su pasado y en otros campos.*

Cuando Norberto Piñero polemizó con Groussac era el representante plenipotenciario de la Argentina ante la República de Chile, con la cual se vivían momentos de tensión bélica a raíz de litigios fronterizos. Esta segunda parte molestó a las autoridades nacionales que la juzgaron una descalificación, tanto de la persona como del funcionario diplomático. En cambio Groussac restó importancia a su andanada, diciendo que habían sido *dos o tres frases malsonantes*. Personalmente estimo que Groussac pasó por alto la investidura de Piñero y llegó al extremo engeguedido al sentirse descalificado por su condición de extranjero:

*... y todo eso, con ocultas complicidades, únicamente para salvar el necio amor propio de un imprudente, y ahorrarle el paso honroso y varonil de confesar sus yerros, reconociendo que un extranjero ha podido estudiar con amor y conciencia las cosas argentinas. Pero ¿qué hablo de extranjeros? Con el fundador de La Gaceta se trata de talento y altivez moral: y tengo la pretensión de ser más compatriota y allegado de Moreno que sus paisanos imbéciles!*

Groussac había comenzado diciendo que el libro era el *sazonado fruto de un año y medio de vagar diplomático*, agregando ser *bueno que el público letrado conozca y aquilate lo que, en menos de diez y ocho meses netos, ha logrado producir el abogado á quien el país tiene confiado su pleito más solemne*. Después de acusarlo de dedicar "meses netos", lo que traducido equivale a decir que en ese tiempo se había desentendido de su misión diplomática, explica que *la posición actual de nuestro distinguido "plastron" nos impone el deber de no acribillarle sino en los límites de la reserva diplomática*. Así todo lo trató de *plastron* a Piñero, léase blanco de la burla. Lo reconoció abogado, ¡eso sí!, pero agregó *no sé si bueno o malo -sospecho que mediano-*, más adelante le sumó que: *La carencia de instrucción general y aun jurídica, que se revela en este remiendo de un académico y profesor de la Facultad de Buenos Aires, sobrepasa toda ponderación*. Para él Piñero era un *abogado estrecho*, el cual ostentaba *los accidentes más vulgares del género: cortedad de vista complicada de estrabismo forense, quien en desconocimiento del fondo mismo de la cuestión, /.../*

*reduce á un chicaneo de argucias rastreras y verbales, pues necesita rebajar el debate para ponerlo á su nivel;* como lo dicho le parece poco le agregó que no tiene conciencia de historiador y sí de leguleyo.

La polémica en sí no fue objetada, sí el ataque personal en el cual incurrió Groussac, pero además no por ser el autor sino que lo formuló en su condición de director de *La Biblioteca*, publicación oficial de la Biblioteca Nacional. El reclamo y amonestación fue canalizado, con fecha 19 de marzo de 1898, a través del ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública Luis Beláustegui.

*En el citado artículo se exceden los justos límites de la crítica literaria (sic), para llegar hasta la injuria al doctor Piñero. Esto, y las inconvenientes apreciaciones que consigna con respecto á la representación diplomática que el Gobierno le ha confiado en la República de Chile, no encuadra, en manera alguna, con los propósitos y fines de una publicación costeadá por el Tesoro público, y que ha reemplazado, hasta ahora, la "Revista de la Biblioteca" sancionada en la Ley de Presupuesto.*

En el párrafo siguiente va la reconvención y el castigo:

*He querido hacerlo así presente á Vd., como protesta que el caso exige y como apercibimiento de que no tendrá repetición, á fin de que la Revista del señor Groussac pueda seguir prestando los servicios que se han tenido en cuenta al fomentarla.*

La respuesta se hizo efectiva con fecha 20 de abril. ¿Un mes de demora para acusar recibo de esta nota tan severa? Tal vez fue el tiempo necesario que Groussac debió tomar para apaciguar su soberbia y elaborar un aparente acatamiento, sabiendo que con la respuesta ponía en juego algo más que el cargo, perdía su cuota de poder. Esta suposición es en apariencia desmentida por las palabras iniciales de la respuesta: *Después de una ausencia de algunas semanas (en uso de la licencia concedida al director de la Biblioteca Nacional).* La licencia del Director fue registrada en la revista, también el nombre de quien lo reemplazó interinamente. Pero presumo que esto fue excusa, Groussac no era tan ingenuo para confiar que su embestida contra Piñero, en la revista de la Biblioteca Nacional, pasaría sin molestar a las autoridades y entonces preparó un temporario retiro para meditar la jugada. Reintegrado a sus tareas le escribió al ministro Luis Beláustegui para hacerle saber que:

*Acatando la autoridad del señor Ministro y conformándome con el espíritu de la mencionada comunicación, tengo el honor de avisar á V.E. que, desde el próximo mes de mayo, la revista "La Biblioteca" dejará de aparecer.*

En términos administrativos se había concluido con el incidente, el titular de Justicia, Culto e Instrucción Pública desautorizó su proceder, lo apercibió, y le advirtió que no sería tolerado otro hecho similar. En el último número de la revista, Groussac rindió cuentas a los lectores de los motivos por los cuales puso término a la publicación, oportunidad que no desaprovechó para decir todo cuanto prefirió callar en la respuesta a la sanción, para él de *censura hiriente* y, además, hacer gala de su incommovible altanería.

Bajo el epígrafe *La desaparición de "La Biblioteca"*, Groussac incluyó el intercambio de notas con un sustancioso comentario, donde quedan expresadas sus otras razones por las cuales dio unilateralmente por cerrada la publicación.

No se sintió *alcanzado personalmente por la resolución superior*, en cuanto á los *términos depresivos* con que él interpretó que fue apreciada su obra. Groussac creyendo estar *en situación de desatenderlos*, dijo que ambos se sustentaban en *la subvención que les servía de base*. También en la nota remitida al Director de la revista *La Biblioteca*, en eso él tenía absoluta razón, *no se hace alusión al funcionario*, pues en caso contrario asegura que hubiera renunciado: *después de mostrar durante veintiocho años cómo se sirve al Estado con dignidad y honradez, sabría mostrar cómo se deja de servirle en aras de los mismos principios*.

Al ministro Beláustegui le objeta Groussac falta de ecuanimidad en el proceder. Si a él se le señaló que en "el citado artículo se exceden los justos límites de la crítica" para "llegar hasta la injuria" y que "las inconvenientes apreciaciones que consigna con respecto á la representación diplomática que el Gobierno le ha confiado en la República de Chile" no "encuadra, en manera alguna, con los propósitos y fines de una publicación costeadá por el Tesoro público", entonces:

*Se aparenta ignorar la existencia de un folleto redactado en una legación argentina, repartido y reproducido en Buenos Aires, con desprecio de las mismas consideraciones que se invocan para censurarme, y cuyo objeto es falsear la historia, deslustrando la más brillante figura civil de la Revolución. El artículo de La Biblioteca es una réplica más ó menos vehemente á dicha publicación, que ostenta mi nombre en su cubierta y no contiene un párrafo que no tienda á denigrar embozadamente mi carácter ó amenguar mi responsabilidad. Pienso que la omisión de este antecedente es una injusticia. En todo caso, no puedo admitir que la inferioridad del adversario sea circunstancia atenuante de su imprudente agresión ni, mucho menos, que éste sea persona privada cuando ataca, para tornarse, cuando se le replica, personaje representativo é intangible.*

Piñero había redactado su refutación a Groussac en donde vivía, que era la legación diplomática argentina en Chile. ¿Quién podía decir de un embajador que por su condición de tal estaba impedido, fuera de las horas de trabajo, de atender un tema de carácter privado y compatible? También Groussac residía en la vivienda que en la Biblioteca Nacional se destinaba para el director, pero por esta razón nadie objetó que atendiera sus muchos trabajos particulares. En cuanto a la publicación de Piñero fue realizada por una editorial comercial. Pero ocurrió que Groussac también se había propuesto descalificar al funcionario y buscó desesperadamente de donde tomarse.

Pero más que las observaciones y el apercibimiento del Ministro, a Groussac realmente le afectó saber que para las autoridades su revista no era otra cosa que la reemplazante hasta ese momento de su antecesora, la *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* dirigida y confeccionada por Manuel Ricardo Trelles entre 1879 y 1883.

*Cuanto al partido de responder á la censura oficial con la supresión de "La Biblioteca", espero que el lector no lo juzgará excesivo, después de releer la frase de la nota, en que se define á este periódico como a "una publicación costeadá por el Tesoro Público y que ha reemplazado hasta ahora, la Revista de la Biblioteca, sancionada en la ley de presupuesto".*

De las palabras del Ministro, dedujo equívocamente "que La Biblioteca lleva desde su fundación una existencia vergonzante y usurpada, en sustitución de otra más útil y honrosa para el país". Le costaba creer "que tan grave acusación estribe únicamente en

el título sincopado", y mal pensó que estaba dirigida a la substancia misma de la revista. Desde tal interpretación hizo la defensa de su labor como director de la publicación y, elípticamente, desacreditó la de Trelles.

Cuando acometió la dirección de *La Biblioteca*, Groussac dijo que no vaciló un instante en encarar la empresa tal cual lo hizo, *nunca hubiera aceptado hacer vagos cuadernos de documentos inéditos, hasta formar cada año un tomo de 300 á 400 páginas, que habría sometido al visto bueno oficial y que nadie hubiese leído.*

Cuando Enrique de Gandía en 1968 se ocupó del tema, en su libro *Mariano Moreno, su pensamiento político*, sostuvo que este prólogo de Piñero despertó *la más grande polémica sobre Moreno y a la respuesta de Groussac la conceptúa un impresionante ensayo*, aunque con ello haya inmolado innecesariamente a *La Biblioteca*.

En 1910 y 1916 dos autores se hicieron eco de este enfrentamiento, primero Luis V. Varela en *Historia constitucional de la República Argentina* y luego David Peña en *Historia de las leyes de la Nación Argentina*. Muchos años después, cuando la Editorial Estrada incluyó los escritos de Mariano Moreno en su colección de *Clásicos Argentinos*, Ricardo Levene al prologarlos críticamente reconoció los méritos de esta polémica, donde se revelaron dos direcciones de la cultura: la enciclopédica y la especializada.

#### LOS ANALES PROMETIDOS, LOS ANALES ENTREGADOS

Bartolomé Mitre en un acuse de recibo a Groussac expresa como coceptuó estos anales. En la esquila, datada 20 de noviembre de 1900, lo saluda y le agradece el envío de su nuevo libro "*Anales de la Biblioteca*" que he leído con mucho interés.<sup>17</sup>

*Dos años más tarde –recuerda Nélica Salvador, en su ya citado trabajo sobre Revistas literarias argentinas (1893-1940). Aporte para una bibliografía- volvió Paul Groussac a dirigir otra publicación: los "Anales de la Biblioteca Nacional", que se prolongaría hasta 1916 como órgano difusor de valiosos documentos y materiales inéditos existentes en la Biblioteca Nacional, pero que no mantiene el carácter literario de la revista desaparecida.*

En 1900, nuevamente el Gobierno nacional aceptó costear la publicación de un medio con aparición periódica como órgano oficial de la Biblioteca Nacional. Por entonces ya Luis Belaustegui no ejercía las funciones de ministro de Justicia e Instrucción Pública. Al frente de ese ministerio ahora se encontraba Osvaldo Magñasco; pero quien había proyectado esta publicación era el mismo Paul Groussac, por entonces mucho más perfeccionado en el arte de jugar con lo ambiguo.

En la ciudad de Buenos Aires, el 30 de julio de 1900 Paul Groussac dio por concluida la redacción del prefacio con el que acompañaría el primer tomo de esta

nueva publicación periódica del organismo a su cargo, publicación a la que dio el nombre de *Anales de la Biblioteca*. Aprovechando la oportunidad dijo:

Los *Anales de la Biblioteca*, cuyo primer tomo sale hoy á luz bajo los auspicios del Exmo. Gobierno de la Nación, tienen por objeto principal la publicación de obras y documentos inéditos existentes en la Biblioteca de Buenos Aires y relativos á la historia y geografía del Río de la Plata.

Decir que los *Anales de la Biblioteca* salían a luz *bajo los auspicios* del Gobierno nacional fue una forma eufémistica de hablar, con la cual no ignoró el carácter de la publicación, pero trató de ubicarla en una equidistancia entre la independencia y la seguridad de un sostén económico, libre de lo que él llamó la *censura oficial*. El *auspicio* suena mucho más emparentado con la *protección* que con el *costear*, y esta revista, como le había espetado el ministro Belaústegui referida a *La Biblioteca*, era una *publicación costeadada por el Tesoro público*.

Pero esto no es todo. Groussac aseguró que los *Anales de la Biblioteca* tendrían *por objeto principal la publicación de obras y documentos inéditos*. Cómo el adjetivo *inédito* aparece en plural y también los sustantivos *obra* y *documento*, no queda definido a cuál de los sustantivos esta aplicado el adjetivo *inédito*, ¿esta aplicado a las *obras* y a los *documentos* o solamente a estos últimos? Lo cierto es que Groussac publicó en los *Anales de la Biblioteca* documentos, pero incluyó también muchos de sus trabajos y algunas de sus obras.

A esta, su nueva revista, trató en principio de entroncarla con algunas otras que le antecieron, ya que por las características pensadas la diferenciaría totalmente de su anterior revista *La Biblioteca*, editada entre 1896 y 1898. En la hora inicial, tuvo este recuerdo para ellas:

*/... / la empresa, es desde luego visible que viene á continuar la obra meritoria iniciada, hace dos tercios de siglo, por don Pedro de Angelis, y proseguida después, en diferentes formas y con éxito diverso, por conocidos escritores argentinos, algunos de ellos directores de este mismo establecimiento, en cuyo archivo hallaron buena parte del material impreso en sus colecciones y revistas.*

Si no tendría similitud con su anterior, tampoco quiso que se pareciera en mucho a las otras aludidas. *Aunque se limitara, pues, el propósito del actual editor -afirma en el Prefacio- á seguir las huellas de sus ilustrados predecesores, no sería de poco aprecio la tarea emprendida ni dudosa su utilidad.* Pero a él esto no le será suficiente; cuando, el 19 de marzo de 1898, el Ministro de Justicia, Cultura e Instrucción Pública lo apercibió dijo que *nunca hubiera aceptado hacer vagos cuadernos de documentos inéditos, hasta formar cada año un tomo de 300 á 400 páginas, que habría sometido al visto bueno oficial y que nadie hubiese leído.*

El archivo de documentos de la Biblioteca Nacional ya por entonces era rico. Venía de los albores de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, y su catalogación estaba en ciernes, recién en 1905 aparecerá un primer catálogo parcial. Después *de las repetidas cosechas, para todos fructuosas, que realizaron directa ó indirectamente en su fondo secular los /Pedro De/ Angelis, /Juan María/ Gutiérrez, /Andrés/ Lamas, /Vicente/ Quesada, /Manuel Ricardo/ Trelles, /Ángel Justiniano/ Carranza y demás investigadores de los antecedentes argentinos,* aún comprobó Groussac *los muchos manuscritos, procedentes de colecciones públicas ó particulares y revestidos de un carácter absoluto de autenticidad /que/ permanecen inéditos.*

También se daban los casos de colecciones particulares en las que además de haberse reproducido de ellas apenas algunas páginas, a veces solamente fragmentos,

estas reproducciones aparecieron con defectos de transcripción. *Para no mencionar más que la importantísima colección de /Saturnino/ Seguro, que poseemos casi íntegra: si bien es notorio que muchas de sus piezas más voluminosas figuran, aunque no pocas veces incorrectas ó truncas, en los seis tomos de /Pedro De/ Angelis, no es menos cierto que han quedado otras tantas inéditas, no inferiores por su interés histórico ó significación intelectual á las ya publicadas y que tan buenos servicios han prestado á la historia patria*

*Con las garantías y precauciones debidas -prometió Groussac-, irá publicándose en los tomos sucesivos de los Anales /este/ ...material manuscrito, que se acrece incesantemente por las adquisiciones directas ó las donaciones voluntarias. Se trataba de piezas que provenían de donaciones antiguas ó recientes, de copias legítimas extraídas de los archivos de España, de este antiguo fondo universitario y conventual: memorias oficiales, diarios de viajes, correspondencia de próceres argentinos, cursos dictados en la Facultad, ensayos científicos ó literarios, producciones de valor desigual, pero que reflejan igualmente el pasado argentino en sus múltiples manifestaciones.*

Aunque en forma limitada, por excepción y como comentario de algún manuscrito dado á luz, podrán publicarse ensayos históricos originales; esto dado que suele hacerse en los repertorios similares de Europa. De manera tal que quedaba descartado llevar el rigorismo editorial hasta el límite de cerrar los Anales á todo estudio contemporáneo. Por lo menos prometió que no lo haría.

Para Groussac las revistas y colecciones argentinas por él aludidas representan una contribución documental de indiscutible valor para la historia sudamericana, y *toca proclamarlo paladinamente á los que intentan aquí mismo prolongar la vía abierta por los antecesores.* De ahí que promete seguirlos *con deferencia agradecida,* aunque hizo la salvedad que el respeto no implicaba llegar *hasta la ciega imitación de su método, echando por alto los resultados más positivos de la ciencia contemporánea. Ese método, hay que decirlo, estaba reñido con las reglas de la crítica moderna en materia editorial.*

Tomó entonces por caso la labor de Pedro De Ángelis en su contribución a la difusión de documentos históricos inéditos, para, amparado en las por entonces nuevas normas de heurística, hacer los comentarios que se transcriben:

Sin aceptar, ni mucho menos, los términos injuriosos con que Rivera Indarte y Echeverría deprimían la empresa de Angelis, presentándola como una compilación destituida de mérito y hasta de utilidad, es fuerza reconocer que algunos de sus cargos no carecían de fundamento. Fuera de no respetar nunca la ortografía y sintaxis de los

originales, el editor se ha tomado con ellos más graves é indisculpables licencias, llegando a enmendar el texto, y no pocas veces á mutilarlo, sin la precisa advertencia al lector. /... / Empero, el reproche que con mayor insistencia y justicia formulan los escritores unitarios, se refiere á la ausencia casi completa de notas ilustrativas, en documentos de historia y geografía antigua que de suyo los exigían. Las anunciadas “Disertaciones preliminares” que, á más de la biografía de los autores, debían contener un juicio crítico de la obra publicada, no pasan de breves y superficiales noticias, de una insignificancia manifiesta.

Algunas resoluciones de  
entonces sobre  
principios para el  
tratamiento de  
documentos históricos  
adoptados en congresos  
celebrados en Europa, se  
recibieron como *un*  
*tanto absolutas*, pero  
habiendo *pasado á ser*  
*reglas tan imperativas*  
*como las de la*  
*gramática* Groussac  
prometió en el citado  
*Prefacio* al primer tomo  
de los *Anales de la*  
*Biblioteca*, acatarlas y  
ponerlas en práctica. Se  
trataba de las nuevas  
normas que en el campo  
de la heurística habían  
comenzado a regir para  
la compilación y  
publicación de  
manuscritos.

*Este sistema, que es, por otra parte, el que se observó siempre en “La Biblioteca”, constituirá la regla absoluta de los “Anales”; tampoco se multiplicarán las notas meramente correctivas: sólo se pondrán las que parezcan indispensables para el sentido, y que la simple lectura no bastaría á suplir.*

*Sea de ello lo que fuere, él objeto propio de estos Anales será coadyuvar al esclarecimiento de la verdad histórica, ya con la publicación escrupulosa de documentos inéditos, ya con la reimpresión de escritos importantes que por su rareza se hallan hoy fuera del alcance general –acompañados unos y otro de noticias y comentarios.*

José Torre Revello  
comienza su estudio  
sobre *Un códice*  
*desconocido del Diario*  
*de Diego de Alvear*,  
publicado por el



Instituto de  
Investigaciones  
Históricas, de la  
Facultad de Filosofía y  
Letras en 1941,  
diciendo:

*Cuando Pablo Groussac  
inició la publicación de  
los Anales de la  
Biblioteca -cuya  
influencia en la cultura  
histórica del país somos  
los primeros en  
reconocer- explicó, en el  
Prefacio, el método que  
iba a seguir en la labor  
editorial “de obras y  
documentos inéditos,  
existentes en la  
Biblioteca de Buenos  
Aires y relativos a la  
historia y geografía del  
Río de la Plata”.*  
*Después de un largo  
exordio explicativo  
sobre la forma cómo  
debían reproducirse los  
manuscritos del pasado,  
asentó que era su  
propósito “la  
publicación escrupulosa  
de documentos inéditos.  
Desgraciadamente ese  
propósito no lo cumplió  
íntegramente en la labor  
que emprendió, por  
cuanto en el mismo  
volumen donde expresa  
ese laudable concepto,  
lo malogró de inmediato  
en forma arbitraria  
hasta el exceso, dejando  
establecido con su  
proceder, que una cosa  
son los métodos  
explicados en abstracto,  
y otro aspecto más serio  
el llevarlos a la  
práctica.*

Este trabajo citado se publicó conjuntamente con uno de Teodoro Becú, intitulado *La colección de Documentos de Pedro De Ángelis*. Apadrinados por Emilio Ravignani, ambos trabajos están en parte dedicados a reprobación de los métodos y técnicas empleados por Groussac. Las reproducciones documentales que en los *Anales de la Biblioteca* se efectuaron bajo su exclusiva dirección, las especificaciones y las explicaciones que ofreció al acompañarlos, en fin la exigencia crítica en su proceder también fueron motivo de cuestionamientos por parte de Diego Luis Molinari en *Carta abierta al señor L\*\*\*\** y en *Groussac y el método*, que aparecieron en la revista *Nosotros*, uno en el número 71 y el otro en el 89, editados en 1915 y 1916 respectivamente; luego en *El "Gobierno del Perú", siglo XVI. Ensayo de reconstrucción bibliográfica*, dado a conocer en 1916 por los *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*; y, años después, en 1939 cuando apareció *La política lusitana y el Río de la Plata*, trabajo este que fue incluido en la

*Historia de la Nación Argentina*, editada por la entonces Junta de Historia y Numismática Americana (luego Academia Nacional de la Historia).

Con este nuevo emprendimiento, el de los *Anales de la Biblioteca*, más el valor agregado recibido por la edición de *La Biblioteca*, Groussac, que en el citado *Prefacio* se llama a sí mismo *editor* y no *director*, perseguía también otro laudatorio propósito.

*Fundada esperanza tiene, pues, el editor de los Anales, de estimular con esta publicación el celo patriótico de los poseedores de manuscritos originales é interesantes, consiguiendo que éstos vengan, como á su natural destino, á juntarse en el depósito común, en lugar de andar dispersos ó yacer inertes en gavetas, donde, sin provecho mayor para los propietarios, quedan substraídos á la pública investigación.*

Un esperado inconveniente demoró la publicación del segundo tomo de estos anales ya que durante el año 1901 la Biblioteca Nacional se mudó a una casa de su propiedad, aunque no pensada para ella sino para que habitara en ella el azar; inicialmente había sido destinada a Lotería Nacional. Esto demandó mucho tiempo en la preparación de las colecciones para su traslado y el ordenamiento en la nueva ubicación. *A las múltiples atenciones materiales que el trabajo de la traslación en sí representa, Groussac se vio obligado a transferir naturalmente buena parte del tiempo que dedico al estudio. Pero esto no fue todo, se agregaba, en los últimos meses, la gran dificultad de las comprobaciones bibliográficas, entre los antiguos estantes medio vacíos y los*

nuevos á medio llenar, amén de la confusión y desorden que tenían que preceder al futuro ordenamiento. Esta situación lo llevó a pensar, no pocas veces, que fuera más prudente interrumpir mis tareas personales hasta dejar terminado el arreglo de la casa.

Una suspensión prolongada en estos Anales, tan á principios de la serie anunciada, fue considerada por Groussac inconveniente, por lo cual me he resignado á dar a luz este tomo, acaso no tan cuidado y correcto como deseaba. El 1° de noviembre de 1901 en la advertencia al segundo tomo él aseguró que: *En todo caso, y salvo tal cual lunar, tal vez disculpable en las circunstancias apuntadas, sigo aplicando aquí el mismo método de investigación laboriosa y conciencia crítica que ya tengo definido.* El acto de inauguración del nuevo edificio destinado a la Biblioteca Nacional se realizó el 27 de diciembre de ese año.

Al emprender la conducción de esta nueva publicación de entrega anual, el Director no había descartado la posibilidad que en ella pudieran publicarse ensayos históricos originales de otros autores; aunque esto fuera en forma limitada y por excepción, como comentario de algún manuscrito dado á luz. Esto -sin embargo- no ocurrió. Ya inicialmente y durante toda su existencia, Groussac prefirió redoblar sus esfuerzos para volcar en los *Anales de la Biblioteca* sólo la producción de la cual él era autor; de ahí que en las portadas de todos los tomos y como segundo subtítulo aparece aclarado *Con introducción y notas por P. Groussac*<sup>18</sup>.

No se publicaron en estos, siquiera por excepción, algunos ensayos históricos de otros autores, posibilidad que había ofrecido inicialmente; en cambio, de manera exclusiva se proporcionó piezas documentales sobre los temas de su elección, sus estudios y sus opiniones.

A la hora de escoger documentos para reproducir, Groussac aceptó y siempre ponderó el valor y la calidad de las copias provenientes de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, del Archivo General de la Nación argentina, del Archivo de Indias, de la Real Academia de la Historia de Madrid y de otros archivos extranjeros y locales, ya sean estos públicos o particulares formados por estudiosos. En cambio nunca mencionó a aquel subalterno que desde su misión en Sevilla le proveyó de documentos para los últimos tres tomos de los *Anales de la Biblioteca*, y la substancia, por él largamente esperada, para concluir la elaboración de algunos de sus trabajos de mayor trascendencia.

El décimo tomo fue el último de los *Anales de la Biblioteca* pero, a diferencia de lo ocurrido con *La Biblioteca* que explicó los motivos de su desaparición en el octavo, esta vez no ocurrió lo mismo y sorprendió a todos no contar con nuevas entregas. En 1937 al prologar el primer número de la *Revista de la Biblioteca Nacional* su director, Gustavo Martínez Zuviría recordó de los *Anales de la Biblioteca sus condiciones tipográficas, especialmente su rico papel y el esmero de su impresión /.../*. Los trabajos de edición de todos los tomos fueron confiados a la Imprenta y Casa Editora de Coni Hermanos, entonces ya establecida en su edificio propio de la calle Perú 680-84. En esta oportunidad la calidad del trabajo efectuado no fue una excepción, Domingo Buonocore en su *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires* recuerda que *las ediciones de Coni son irreprochables por su factura tipográfica y se caracterizan por su sello de buen gusto y sobria elegancia.*

En hojas de 250 x 155 mm, con caja de composición de 180 x 100 mm, los diez tomos presentan sí algunos pequeños cambios en los tipos y cuerpos de las letras. En cuanto a la paginación trae una parte en números romanos y otra mayor, siempre independiente, en arábigos. Las ilustraciones no son frecuentes pero aparecen algunas litografías, facsímiles de manuscritos, y fototipias

Pero Martínez Zuviría opinó que tal calidad de impresión en estos tomos *volvían desalentadoramente caros. Durante los 15 años que duró su publicación – agregó– fueron subvencionados con 12.000 pesos anuales. En 1916 la crisis provocada*

*por la conflagración europea obligó a recortar el presupuesto, y cesó la subvención de los Anales, lo cual motivó la desaparición de tan útil empresa. Al retomar de manera tangencial el tema, en la memoria correspondiente a 1944, Martínez Zuviría aclara que aquella subvención cesó a causa de la crisis provocada por la Gran Bretaña.*

<sup>1</sup> En una oportunidad *Nosotros* se vio obligada a eximirse de participar en un enfrentamiento entre Groussac y Roberto Leviller, por ser una tribuna de análisis pero también de discusión. Leviller había sido mal tratado en un prólogo de Groussac, aparecido en una de las entregas de los *Anales de la Biblioteca Nacional*. Leviller respondió en tono subido y sin concesiones. Por entonces Leviller, como bien la reconoce la Dirección de la revista, *no era un desconocido para nadie, era autor de una obra vasta y notoria*. Para esa oportunidad, al pie, la Dirección de la revista manifestó que era innecesario *decir que Pablo Groussac, escritor consagrado merecía de la dirección de Nosotros estima en todo lo que vale y significa, pero negarle el espacio a Leviller implicaba renegar de su libérrima tradición intelectual*. En la entrega del mes de junio de 1916, número 85, apareció *El aspecto moral de la obra del señor Pablo Groussac*.

El hijo de Groussac, me refiero a Carlos, remitió una carta a Leviller, luego destruida, causando un incidente caballeresco del cual dan cuenta los documentos que se acompañan.

*Buenos Aires, 5 de Julio de 1916.*

*Señores*

*General don José F. Uriburu y Doctor José Ignacio Llobet*

*Distinguidos amigos:*

*Les adjunto la carta recibida hoy del doctor Carlos Groussac, y les ruego que una vez enterados de su contenido se apersonen a dicho señor y le exijan una reparación por las armas.*

*Soy de ustedes muy atento y afmo. amigo.*

*Roberto Leviller*

Ese mismo día se apersonaron al ofensor para notificarle de la misión que se les había encomendado. De inmediato, Carlos Groussac pidió a Francisco J. Beazley y Carlos Rodríguez Egaña que lo representaran. Al día siguiente los padrinos se reunieron para considerar la reparación solicitada, cuyos detalles y conclusión se encuentran en el acta suscrita por ambas partes.

*En Buenos Aires, a 6 de Julio de 1916, reunidos los señores general don José F. Uriburu y doctor don José Ignacio Llobet, en representación del señor don Roberto Leviller, y los señores doctores don Francisco J. Beazley y don Carlos Rodríguez Egaña, en representación del doctor don Carlos Groussac, dijeron los primeros que venían en nombre*

de su representado a pedir el retiro de la carta que le había sido dirigida por el señor doctor Carlos Groussac, o, en su defecto, una reparación por las armas.

Los padrinos del señor Groussac manifestaron que el envío de la carta era motivado y justificado por la publicación hecha por el señor Leviller en el número de Junio de la revista "Nosotros", que contiene injurias personales referentes al señor don Pablo Groussac, padre de su representado.

Los padrinos del señor Leviller declararon, en su nombre, que, en la publicación aludida, su ahijado se había propuesto únicamente juzgar la obra literaria del señor don Pablo Groussac, sin que hubiera jamás pretendido poner en duda la rectitud de sus proceder, ni su honorabilidad, de la que tenía el mejor concepto.

Los representantes del señor doctor don Carlos Groussac resolvieron, en vista de la declaración que antecede, retirar la carta de su ahijado, quedando de común acuerdo terminado el incidente.- Francisco J. Beazley.- José F. Uriburu.- Carlos Rodríguez Egaña.- José Ignacio Llobet.

En el curso de ese día le fue entregada el acta a Leviller, acompañada por una esquila de cortesía de sus padrinos, dando cuanta de lo actuado y resuelto. cfr. Cesar Viale *Jurisprudencia caballeresca argentina, de los últimos treinta y cinco años*. Prólogo de Leopoldo Lugones. Buenos Aires, L.J. Rosso imp., 1937.

Otra vía escogió W.W., al parecer Alejandro Korn, para refutar las críticas de Leviller. Con este pseudo alfónimo, atribuido por Roberto Etchepareborda, Elena Ardissonne y Nélida Salvador, Korn intentó terciar en la cuestión.

<sup>2</sup> En este número se presentaron las colaboraciones agrupadas según el aspecto del cual se ocupaban los autores.

En *el hombre: su vida, su carácter, recuerdos e impresiones* se encuentran los siguientes trabajos: *Su vida*. de Alfonso de Laferrère; *Paul Groussac* de Ramón J. Cárcano; *Paul Groussac* de Luis Berisso; *La ceguera de Groussac* por Jorge Lavallo Cobo; *Paul Groussac* de Ernesto Mario Barreda; *El valor social del carácter* por Juan Carlos Rébora.

En *el pensamiento de Groussac* se encuentra el trabajo de Alejandro Korn.

Los varios autores agrupados en *su obra y su influencia* están: *Groussac historiador y crítico* de Enrique Ruiz Guiñazú; *Reflexiones sobre Pablo Groussac* de Alberto Gerchunoff; *Pablo Groussac* de Carlos Correa Luna; *La importancia social de la obra de Groussac* por Emilio Zuccarini; *Dos lecciones de Groussac* por José María Monner Sans; *Groussac* por Jorge Luis Borges; *Paul Groussac* de José Bianco (h).

A *el historiador* se refirieron: José Manuel Eizaguirre en *Paul Groussac y su obra de historiador*; Luis Roque Gondra en *Paul Groussac*; Ricardo Levene en *El parentesco de la historia y la arquitectura según Groussac*; Rómulo D. Carbia en *Groussac*; Juan Rómulo Fernández en *Groussac, crítico de nuestra historia*; y José Luis Romero en *El hombre y la historia en Groussac*.

De *el escritor* se ocuparon Carlos Vega Belgrano con su *Paul Groussa*. y Arturo Costa Álvarez en *Groussac y la lengua*.

Sobre el novelista se incluyó un solo trabajo de Juan B. González, titulado *Groussac novelista*.

En lo que hace al *dramaturgo* se encuentra el trabajo "La divisa punzó" de D.A. Arizaga.

Un trabajo se refiere al *crítico musical*: José Piñero (h) en *Groussac, crítico musical*.

Los aportes de Roberto F. Giusti en *Groussac, hispanista* y de Alfonso Reyes sobre *El secreto dolor de Groussac* se incluyeron en la sección referida a *el erudito*.

<sup>3</sup> /.../ Stendhal, que murió en 1842, decía que hacia 1880 empezarían a descubrir sus libros. Groussac, que no gustaba de Stendhal, ya había leído “Rojo y negro” en 1868. La lectura de esta novela lo lleva a vacilar ante un ofrecimiento que le hacen: ser preceptor de tres hermanos, de 10 a 15 años, en casa de un matrimonio francés, a 5 o 6 leguas de Buenos Aires. Nuevo Julien Sorel, Groussac teme que lo menosprecien por su condición de asalariado, pero tanto sus alumnos como los dueños de casa lo tratan con el mayor afecto. Sólo la hija mayor, de quien esta “perdidamente enamorado”, observa con él una conducta ambigua, oscilando entre la cordialidad y el desdén. Esta muchacha habrá de casarse al poco tiempo, y Groussac nos dice que más adelante llegó a explicarse sus repentinos cambios de humor, e insinúa que ella no era indiferente a la pasión que inspiraba.

Pero no quiero referirme a ese conflicto sentimental, sino a un hecho que se relaciona con el secreto dolor de Groussac. En aquella casa de campo pasa “los tres años más felices y ciertamente los más importantes de su vida, desde el punto de vista de su desarrollo intelectual y de su formación social”. Como el librero de Verrieres a Julien Sorel, un empleado de la biblioteca del Colegio Nacional le permite renovar todas las semanas su provisión de libros. Poco a poco llega a sentirse como si formara parte de la familia, y todo ello gracias a sus alumnos y a la dueña de casa, “exquisita criatura que para un desarraigado, semihuérfano, educado en los internados, representaba la madre y el hogar que apenas conoció. Groussac, discretamente, designa la localidad donde quedaba la casa con una inicial, la letra M., pero yo supongo, yo quiero suponer que esa localidad era Morón /.../

En “Los que pasaban”/de 1919/ intercala episodios sentimentales de aquella edad juvenil, algunos meramente platónicos. /.../ En esa misma semblanza /de José Manuel Estrada/ nos habla de la fiebre amarilla de 1871 y nos cuenta cómo, a consecuencia de haber bebido demasiado la noche antes, el rector del Colegio Nacional lo cree atacado por la epidemia y lo insta a salir de Buenos Aires. Groussac termina acostado en un rancho, en pleno campo. Muchas horas después, cuando despierta, siente que le pasan una mano por la frente. “La conocí por los anillos... -dice Groussac-. ¡Ah, corazón valiente y fiel! Había venido a ese lecho de miseria, despreciando peligros y delaciones, para que no muriera solo, si debía morir, y no faltara una mano querida que cerrar mis parpados...” Voy a citar por último, en la semblanza de Avellaneda, un párrafo del retrato de aquella altiva chilena a quien Groussac quiso fraternalmente, y que cortó con él toda amistad, herida en su patriotismo, después de leer el capítulo que éste le dedica a su país en “Del Plata al Niágara” /en 1897/: “Como muchas mujeres enfermizas, tenía una cabellera magnífica, sedosa, de color castaño con reflejos dorados, cuya masa parecía doblegar con su peso el delicado cuello; en su casa, solía soltarla en una trenza enorme que llegaría a la rodilla /.../”.

<sup>4</sup> No sin sorpresa hemos leído ayer en los diarios de la mañana, la noticia de que estaba á la firma del Presidente de la República el nombramiento del señor Pablo Groussac para ocupar el puesto de Bibliotecario de la Nación que dejó vacante la sentida muerte del doctor José Antonio Wilde.

Y justifica esta estrañeza la circunstancia de ser la del señor Groussac una personalidad que vendría á ese puesto saltando por encima de muchos argentinos que tienen sobrados títulos para desempeñarlo con mas competencia que el candidato oficial.

Ante todo debemos declarar que no nos mueven á hacer estas observaciones las cuestiones políticas del momento, y que prescindimos por completo de los resentimientos personales que este diario pueda tener con el señor Groussac con motivo de una polémica

reciente. Poniendo de lado todo eso, reconocemos la ilustración y las dotes literarias que adornan al autor de "Fruto Vedado", pero esas cualidades no son todavía bastantes para que se le dé el puesto para que se dice será nombrado.

Dicta nuestra protesta un sentimiento de argentinismo, algo mas grande aun: un sentimiento de americanismo que se exalta ante la irritante injusticia de que se pospongan nuestros hombres á los extranjeros, cuando en realidad no valen más estos que aquellos, si es que no valen menos, pues en materias bibliográficas tenemos eruditos que poco tendrían que envidiar á los mas renombrados que de fuera puedan venirnos.

Librenos Dios de que se pretenda ver en nuestra protesta un sentimiento de hostilidad hacia los extranjeros. Los apreciamos y respetamos á todos, y creemos que están dignamente en su puesto los que han sido llamados para desempeñar ciertos cargos especiales para los cuales no contábamos con hombres competentes. Burmeister en el Museo, Gould en el Observatorio astronómico, Waldorp al frente de los trabajos de canalización, Boeuf, Calandrelli, los maestros y maestras que regentan nuestras escuelas Normales, todos están bien empleados, y aún el mismo señor Groussac en la Inspección Nacional, por la especialidad de sus estudios en materia pedagógica.

Pero no necesitamos bibliotecarios del extranjero. Tenemos argentinos bastante eruditos para dirigir nuestra biblioteca con perfecta competencia, hombres de saber, encanecidos sobre los libros, aptísimos por su misma madurez para desempeñar ese puesto sedentario y reposado.

Pero si se ha querido nombrar á un joven que lleve á la biblioteca la iniciativa ardorosa, el espíritu de reforma que á la juventud /.../ tenemos hombres jóvenes tanto o más competentes que él señor Groussac, y para no nombrar mas que á uno y á ese uno desligado por completo de las elecciones políticas de nuestro diario, señalaremos al doctor Estanislao Zeballos cuyo nombramiento no levantaria protesta ninguna pues todos reconocen en él la ilustración que lo adorna y el amor por los libros que le distingue y además de sus conocimientos en materia de bibliografía americana, punto importantísimo en esta cuestión, y que el candidato oficial desconoce por completo.

Las dotes literarias no bastan para acreditar competencia bibliográfica. La erudición de que el señor Groussac ha dado muestras no va más allá de las novelas francesas modernas. Conoce bien su Zola, su Daudet, su Goncourt, su Flaubert, que son sus ideales en materia literaria, pero nada más nos ha dejado ver de su bagaje de erudición. Reveló que sabía muy poco de letras españolas en su desgraciada polémica con el señor Oyuela, nunca nos ha dado motivo para sospechar siquiera que conoce la literatura inglesa, y aunque es cierto que la Francia es potencia de primera fuerza en el mundo de las letras, el conocer las suyas exclusivamente no es título bastante para ser considerado como un erudito.

Además de estas consideraciones, pesan otras en contra del candidato anunciado. El señor Groussac es, en materia literaria, hombre de combate, afiliado con calor á uno de la bandos que hoy pugnan por la supremacía de una escuela y por consiguiente la pasión ha de llevarlo necesariamente á hacer de la biblioteca á su cargo un centro de propaganda activa, enriqueciéndola con todas las obras naturalistas para ponerlas en el sitio de preferencia, dejando relegadas á oscuro término los libros de esa otra escuela que no ha sido vencida aún y que tal vez no lo será nunca si sus adversarios siguen estremando sus doctrinas, como lo están imprudentemente haciendo, preparando el campo para que a la sombra del naturalismo brote la pornografía inmundas con pretensiones de ocupar el primer puesto en la literatura.

Comprendemos perfectamente que en su origen la candidatura Groussac no ha sido una inspiración espontanea surgida del Gobierno Nacional.



*Es una candidatura hecha por un círculo que tiene acceso cerca del General Roca, quien habría aceptado la indicación sin darle mayor importancia por no tratarse de un puesto que tenga influencia política, pero sin darse cuenta de que al prestar su consentimiento infería una ofensa á sus compatriotas, no considerando á ninguno de ellos apto para un puesto que se juzga puede desempeñar competentemente el señor Groussac.*

*No es la República Argentina tan pobre cosa que no tenga en su seno hombres, muchos hombres, aptos para ser bibliotecarios con preferencia al señor Groussac, quien no es un especialidad, y que es además extranjero empecinado, como lo demuestra un hecho al parecer insignificante pero que es sin embargo muy elocuente: no ha querido asimilar al país en que habita ni siquiera su nombre de pila, á pesar de tener equivalente en nuestro idioma. No quiere llamarse Pablo, temeroso tal vez de que lo tomen por hijo del país, y sigue llamándose "Paul" como cuando se criaba en las escuelas de Toulouse.*

*Falta ahora tan solo que el Gobierno Nacional dicte su decreto diciendo que se nombra bibliotecario de la República Argentina á "Monsieur Paul Groussac", para que este pueda hacer saber al mundo entero que en este país de bárbaros solo él es competente para entender de libros, y que los argentinos sirven á lo más para empleaditos subalternos de su repartición.*

*Esto, si es que el señor "Paul" no manda buscar de Toulouse los "Pierre" y los "Jean" que crea necesario para secundarlo.*

*Piense un poco en todo esto el General Roca antes de poner su firma en el nombramiento que tiene sobre su mesa, siquiera por decoro argentino.*

*Y si quiere oír una opinión competente y amiga, consulte el punto á su secretario el Dr. Aberto Navarro Viola, cuya competencia en materia de libros está bien sentada.*

*En el tendría el General Roca otro candidato otro candidato no menos conspicuo que el que hemos señalado, sin salir del círculo de sus partidarios, ya que como lo hemos dicho, no hacemos de esto cuestión política, sino cuestión de argentinismo.*

*Será un desdore para el país y una injusticia para sus hijos, llevar al frente de la Biblioteca Nacional á un extranjero, que puede ser ventajosamente reemplazado por muchos argentinos cuyos nombres es inútil citar, porque están en los labios de todos.*

*Nombramiento de bibliotecario. en: El Nacional (Buenos Aires) a.33 n°11541:1, 19 enero 1885.*

<sup>5</sup> *Un colega de la mañana da ya por hecho el nombramiento de M. Paul Groussac para el puesto de bibliotecario, contra la expectativa de la opinión general que creía que una vez apercibido el Gobierno de lo que importaba ese nombramiento, desistiría de llevarlo á cabo, nombrando en reemplazo del candidato anunciado á un argentino que reuniese las cualidades que en M. Groussac se reconocían, elección que no sería difícil de hacer entre los muchos hijos de la República Argentina que hay aptos para desempeñar ese importante y honorífico cargo.*

*A las razones que ayer aducíamos, se agregan otras no menos fundamentales para demostrar la inconveniencia de ese nombramiento.*

*No solo hay libros en la Biblioteca Nacional. Hay allí también un importantísimo archivo de manuscritos inéditos, correspondencias íntimas de los prohombres de la historia argentina, que encierran mil secretos de Estado relativos á la época de la lucha de la Independencia, documentos en que al par que están consignadas las heroicidades y generosas aspiraciones de nuestros antepasados, hay también constancia de los desfallecimientos, de las rivalidades, de las veleidades, de las acusaciones que los antagonismos de bandos dictaban en medio de las efervescencias en que se agitaban los ánimos, intimidades que solo deben ser conocidas por un argentino que no haga caudal de*

*estas para arrojar sombras sobre los fundadores de la patria, como es solo el hijo quien revisa los papeles particulares de su padre muerto, para que nadie, fuera de la familia, se entere de las interioridades de su vida privada.*

*Y se va á entregar todo eso en manos de un extranjero! No se ha meditado bien en esto. Los archivos de una nación solo se confían á un ciudadano caracterizado, que los investigue y conserve con amor de hijo, desligado de todo sentimiento de vanagloria de erudición, para que no haga de lo que allí aprenda caudal para destruir el edificio de la tradición patria construido con todo aquello que no pueda empañar la gloria de los hombres que cimentaron nuestra Independencia, y que, hombres al fin, tenían también sus debilidades que fueron solo accidentes pasajeros de su vida pero que puestas en evidencia por una mano hábil, influirían poderosamente para hacer decaer el entusiasmo de las generaciones que vienen.*

*No queremos con esto decir que M. Groussac haga mal uso de los papeles que se le confían, pero no siendo argentino, no hay razón para que él conozca las intimidades de nuestro pasado, como no hace conocer un particular al primero que llegue á su casa la intimidades de su hogar y sus antecedentes de familia.*

*Si esos documentos fueran para todos, estarían ya publicados, como se hace con todos los documentos que pueden entrar en el dominio publico, pero no estan en esa categoria las correspondencias privadas de nuestros prohombres, cuya revisacion no es accesible ni aún para los mismos argentinos que la solicitan, sino despues de llenar largos trámites que acrediten el objetivo preciso de sus investigaciones, legitimadas para hacer de ellas algo que sea de interés comun.*

*Largamente podriamos estendernos en estas y otras consideraciones de igual importancia, pero, hecho ya el nombramiento, creemos inútil continuar, no sea que se tomen nuestras observaciones por desahogos de hostilidad personal á M. Groussac, desvirtuando asi el sentimiento mucho más levantado y mucho más argentino que nos mueve á hacerlas.*

*Crea el Gobierno que su nombramiento no ha encontrado eco simpatico ni siquiera entre sus propios amigos.*

*Todavía el nombramiento de Monsieur Groussac. en: El Nacional (Buenos Aires) a. 13 n°11.542, 20 enero 1885.*

<sup>6</sup> *Por fin ha salido el órgano oficial de loterías en defensa de su Director como candidato a bibliotecario; y de entre todos sus colaboradores, ha elegido el diario de los extractos al de mejor cortada pluma, al espíritu mas travieso, al de mas atrevida frase, al mas “pétillant” de los redactores de artículos: el tenor de gracia de la compañía lírica sud-americana.*

*Los artículos son bonitos, pero sin fondo. “Tu cabeza es hermosa, pero sin seso”, como dijo la zorra al busto. Una declamacion sentimental sobre la fraternidad de los pueblos, moteada con algunas frases nuevas, “floriture”, con que adorna los calderones huecos por falta de argumento.*

*Que el señor Groussac es un hombre ilustrado; que en un banquete de Paris reproduje el célebre incidente del Congreso de Ginebra, levantando su voz para defender las glorias argentinas; que ha escrito un libro muy apreciable; que no se mete en política pero que simpatiza etc., etc., etc., ..... Ese es el primer artículo.*

*Segundo artículo: Demuestra acabadamente que “Paul” es un hombre como cualquier otro, y prueba que el señor Groussac es muy bueno para bibliotecario porque no se sabe quién es el redactor de “El Nacional”. Sic!*

*En cambio, el tenor de gracia se hace conocer desde lejos: la cavaleta sobre las vasijas rítmicas de Figueroa lo denuncia á la legua y se le conoce por la voz como Leonora conoce á su Manrique cuando le canta á escondidas desde atrás del cerco. “Ladrillo y medio !lo freno!”*

*Pero no hay un do de pecho en todo eso. Pura voz de garganta, añagazas de cantor sin facultades, gorgoritos de tenorio que sale á hacer su parte obligado por las circunstancias, buscando un aplauso en la postura, en los ojos en blanco, en los falsetes rebuscados con arte y... nada mas, “niente piu, pas plus, nothing more”.*

*Pero, se preguntará el respetable público: ¿qué tiene qué ver todo eso con la cuestión biblioteca? Lo mismo que tenía que ver la verruga con la célebre cuestión tabacos. Es un recurso viejo, ya en desuso, pero al cual todavía se apela en último recurso cuando no hay argumentos con que rebatir á un adversario.*

*Es el pistoletazo con que los prestidigitadores de la legua distraen la atención del público para sacar de entre la manga el reloj escamoteado. Pum! ....”et voilà Monsieur Groussac” que sale de entre el humo convertido en el fénix de los bibliotecarios. Cualquiera creería que todo ese empeño responde al deseo de sacarse de encima un estorbo. Es la táctica de los muchachos: cuando se aburren de un juguete lo ponderan por ver si alguno se lo quiere cambiar por otro que le gusta mas.*

*Todas las bellas cualidades literarias que el organo lotero atribuye al señor Groussac, nos complacemos en reconocérselas con entera imparcialidad. ¿Y de ahí? ¿Es humo de paja todo lo demás que se ha argumentado? ¿No pesa algo mas que un ladrillo y medio ó que dos ladrillos?...*

*Son muy graciosas esas cavatinas, muy espirituales, pero con ellas no va el tenorino de gracia á destruir lo que “El Nacional” ha dicho en sus dos artículos, quien quiera que sea el que los escribió, que no hace al caso saberlo, pues la autoridad de un argumento no está en quien lo hace, sino en la solidez que en sí tiene.*

*Mal defensor le ha salido al señor Groussac.*

*Ya no estamos en los tiempos en que tenía la razón quien hacia reir. Si las agudezas y chascarrillos fueran razones, nadie las tendría más poderosas que ese tenor que lo mismo canta en la opera seria del editorial que en la zarzuela de la gacetilla: una especie de Marmon literario que un dia se canta el “Barberillo de Lavapies”, y otro dia “Hernani”, pero siempre con el mismo “dejo zarzuelero”; con acompañamiento de castañuelas, dejando ver la coletilla del majo por debajo del sombrero plumado del duque de Cardona.*

*Que siga divirtiéndonos, deleitándonos con sus andantes sentimentales sobre la fraternidad de los pueblos y con los “scherzi” sobre las vasijas rítmicas de Figueroa, mientras el Gobierno piensa seriamente en el ciudadano que ha de ocupar la silla que llenaron Mármol, Trelles, Quesada, y el doctor Wilde, sin privar a la educación publica del importante concurso que le presta el señor Groussac, que esta como San Pedro en Roma, muy bien en la Inspección Nacional.*

*Y adelante con las castañuelas. Bis! bis! que cante otra vez el tenor de gracia Le auguramos al órgano oficial de las loterías una venta extraordinaria como en dia de extracto.*

*Falsetes de un tenorio. en: El Nacional (Buenos Aires) a.33 n° 11540, 24 enero 1885.*

<sup>7</sup> Gustavo Martínez Zuviría utiliza este calificativo en varias de sus memorias anuales.

<sup>8</sup> Gustavo Martínez Zuviría se desempeñó desde 1931 hasta 1955 y Jorge Luis Borges desde 1955 hasta 1973.

<sup>9</sup> Por ese entonces Borges contaba en poesía con los libros *Fervor de Buenos Aires* (1923), *Luna de enfrente* (1925), *Cuaderno San Martín* (1929), *Poemas* (1943) y *Poemas* (1954); en ensayo con *Inquisiciones* (1925), *El tamaño de mi esperanza* (1926), *El idioma de los argentinos* (1928), *Evaristo Carriego* (1930), *Discusión* (1932), *Las Kenningar* (1933), *Historia de la eternidad* (1936), *Nueva refutación del tiempo* (1947), *Aspectos de la literatura gauchesca* (1950) y *Otras inquisiciones* (1952); en cuento *Historia universal de la infamia* (1935), *El jardín de senderos que se bifurcan* (1942), *Ficciones* (1944), *El aleph* (1949) y *La muerte y la brújula* (1951).

También había publicado otros libros en colaboración: de ensayo *Antiguas literaturas germánicas* (1951) con Delia Ingenieros, *El idioma de los argentinos* (1953) con José Edmundo Clemente, *El Martín Fierro* (1953) con Margarita Guerrero, y *Leopoldo Lugones* (1955) con Betina Edelberg; de cuento *Seis problemas para don Isidro Parodi* (1942), *Dos fantasías memorables* (1946), *Un modelo para la muerte* (1946), y *Los orilleros. El paraíso del creyente* (1955), estos cuatro mencionados en colaboración con Adolfo Bioy Casares, y *La hermana de Eloísa* (1955) en colaboración con Luisa Mercedes Levinson. cfr. Horacio Jorge Becco *Jorge Luis Borges. Bibliografía total 1923-1973*. Buenos Aires, Casa Pardo, 1973.

<sup>10</sup> Se trata de cuatro folletos y un libro. El primero de estos data de 1873 y es sobre *Los jesuitas en Tucumán*, con un total de 44 páginas; en ese mismo año, le siguió otro de 51 páginas, dedicado a la candidatura presidencial de Nicolás Avellaneda y conformado con la *colección de artículos publicados en el diario "La Razón"* de Tucumán. Estos dos editados en Tucumán.

En cuanto al tercero de 40 páginas editado en Buenos Aires en 1882, *Estado actual de la educación primaria en la República Argentina, sus causas, sus remedios*, de 40 páginas, se trata de la conferencia pronunciada en su carácter de director de la Escuela Normal de Tucumán, durante el Primer Congreso Pedagógico celebrado en Buenos Aires en ese año, más el agregado de unos proyectos de resoluciones. El libro, su primer libro, es *Fruto vedado, costumbres argentinas*, voluminosa obra de 405 páginas que apareció en 1884 y mereció a través del tiempo la atención de la crítica.

<sup>11</sup> En la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional se encuentran dos impresos que reflejan estas actividades colaterales del organismo. Ambos datan del año 1903 y llevan por título *Conciertos sinfónicos de la Biblioteca*, impreso para el mes de abril, y los *Estatutos de la Asociación de Conferencias de la Biblioteca*; el primero es de cuatro páginas en tanto el segundo tiene doce.

*Sabemos que ambas funcionaban a pleno en 1905*, asegura José Luis Trenti Rocamora en su *Aportes para la historia de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y para una lista de sus publicaciones*, publicado en la cuarta entrega del *Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*

*La de Conciertos llegó a tener 520 adherentes. Las cuotas no fueron fijas, pero tuvieron la base de 20 pesos anuales. Esta es la que pagaba el propio Groussac, pero Alberto Williams, que fue su promotor y director orquestal, pagaba 200, cantidad con la que igual contribuía Alberto Torquist; la entrada suelta costaba 5 pesos; /.../. Comenzaban*

a las “9 en punto” de la noche y había un intervalo de 10 minutos. Los programas se imprimían mensualmente y las entradas, en gruesa cartulina y tenues colores, estuvieron al cuidado de Coni. Un dato curioso: no les ponía temor el 1º de mayo, pues ese día lo mismo se desarrolló un concierto. Los estatutos de la Asociación de Conferencia de la Biblioteca son del 6 de mayo de 1903, y los fundadores fueron Juan R. Fernández, Joaquín V. González, Luis M. Drago, Roque Sáenz Peña, Emilio Mitre, Francisco Beazley, Federico Pinedo, J. M. Ramos Mejía, etc.

La Asociación de Conferencias tuvo de presidente a Carlos Pellegrini, y tesorero lo fue Ezequiel Ramos Mexía. Entre los socios fundadores figuran José M. Ramos Mejía, Carlos Rodríguez Larreta, Manuel Láinez, Francisco L. García (h), y Lucas Ayarragaray.

<sup>12</sup> Academia Nacional de la Historia IIº Congreso Internacional de Historia de América, Buenos Aires, 1938.

t.I

<sup>13</sup> Con una insistencia que le honra -recuerda Paúl Groussac en su *Noticia histórica sobre la Biblioteca Nacional (1810-1901)*, poco afecto a los comentarios laudatorios- logró Quesada entablar relaciones de canje de esta Biblioteca /Pública de Buenos Aires/ con muchas corporaciones y establecimientos congéneres de Europa y América. Los resultados inmediatos obtenidos fueron muy apreciables pero, acota Groussac en el citado prefacio al primer tomo del *Catálogo de la Biblioteca* editado en 1893, por falta de alimentación recíproca dichas relaciones cesaron. Es decir que la Biblioteca Pública de Buenos Aires no poseía siempre tantas publicaciones a disposición como para actuar en reciprocidad.

Si el canje como modalidad está lejos de lo que sustancialmente es la compra y venta, facilitando esta distancia el no permitir confundir la naturaleza de una operación con la otra, lo mismo ocurre con la donación. Digamos que el canje es algo intermedio entre una y otra. Pero el canje exige un esfuerzo no comprendido por la donación y es el procurar un fondo de interés para bien corresponder y no ser mera distribuidora de sus duplicados o de sobrantes recibidos.

La falta de publicaciones propias de la entonces Biblioteca Pública de Buenos Aires y el escaso acopio de ediciones ajenas, tanto oficiales como comerciales y personales, motivaron la cesación de las relaciones de canje tan auspiciosamente iniciadas por Vicente Quesada.

Empeñado en lograr mejorar esta biblioteca Manuel Ricardo Trelles, tras asumir su dirección en 1879, al querer poner al día las colecciones de publicaciones periódicas incompletas y las ediciones individuales faltantes, se había encontrado con que ya *en esos años el canje con el exterior era casi nulo* y además con la dificultad de conseguir publicaciones editadas por organismos oficiales, no ya en cantidad para canje sino con destino a la colección propia para uso del público lector.

Su condición de biblioteca del estado provincial complicaba aún más la política de desarrollo que se intentaba desde su dirección. Los organismos nacionales y sus dependencias en todas las gobernaciones, como también los estados provinciales, actuaban a su antojo remitiendo irregularmente lo que editaban. Con esto se podrá colegir y valorar cuanto empeño hubo de ponerse para revertir la situación de estancamiento y desactualización de la biblioteca del estado de Buenos Aires.

Después, durante cuatro años el canje estuvo a cargo de una dependencia del Consejo Nacional de Educación, la cual por sus características era más idónea en misión de repartir que para efectuar el servicio de canje. Entre el 5 de noviembre de 1884 y el 26 de octubre de

1888 la Biblioteca Nacional se vio privada de poder efectuar su labor de intercambio. Esta situación iniciada en el último mes de la dirección de Manuel Ricardo Trelles se prolongó durante la gestión de su sucesor José Antonio Wilde y continuó en los primeros años de la de Paul Groussac. No obstante el intercambio de publicaciones aparece en el reglamento confeccionado por Wilde, aprobado el 2 de diciembre de 1884 por el presidente Julio A. Roca; entre otras tareas, en el artículo 3 encomendaba atender dicho servicio a los empleados de la *Primera Sección*, integrada por José María Cantilo, Alfonso Lizer, A. Molino Torres, Eduardo Wilde, Arturo Martín y S. B. Bonjas.

En el prefacio al tomo primero del *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional*, sobre ciencias y artes, publicado en 1893, Groussac contó que hasta ese entonces *hemos sido excepcionalmente favorecidos con donaciones /.../ y las que proceden -felizmente sin interrupción- de nuestro servicio de canje internacional*. Ahí también dio cuenta en 1892: *La parte más importante de dichas donaciones procede de obras y tesis recibidas de Europa por vía de canje. Y cabe aquí recordar que la sección de Depósito y reparto, incorporada á la Biblioteca desde 1889, coopera eficazmente al progreso de la institución, por las relaciones que ha permitido establecer con los establecimientos similares y corporaciones sabias de Europa y América. Actualmente, el número de Bibliotecas que mantienen correspondencia y canje con la de Buenos Aires (léase Biblioteca Nacional), asciende á 91*. Pero a partir de 1890 el intercambio de publicaciones además de continuar considerado como actividad propia de la Biblioteca Nacional se encaró como función de especial cuidado. A la sección Canje de Publicaciones, vuelta a establecer en dicha biblioteca por decreto del 26 de octubre de 1888, se le asignó en 1890 recursos especiales y una dotación de personal con dedicación exclusiva, compuesta de dos ordenanzas, un oficial y un jefe; además para su funcionamiento se autorizó alquilar una casa, por la cual se abonaba una mensualidad de \$ 300.

Tres causas concurrentes estimularon el perfeccionamiento del servicio de canje:

1ª) La transferencia de la Biblioteca Pública de Buenos Aires a la jurisdicción nacional a partir del 9 de setiembre de 1884, aprovechando su ubicación dentro del territorio declarado Capital Federal de la República Argentina.

2ª) La dirección asumida por Paul Groussac el 19 de enero de 1885.

3ª) La ratificación por parte de la Argentina del acuerdo intergubernamental para el intercambio internacional de publicaciones, concertado en la Convención de Bruselas celebrada el 15 de marzo de 1886, sobre remisión y recepción de *documentos oficiales y publicaciones de carácter científico y literario*.

Con la primera causa la Biblioteca Pública de Buenos Aires pasó a ser Biblioteca Nacional y debió dar nueva forma al trazado de sus funciones para cumplir con la misión de reunir, procesar y custodiar toda la producción nacional y obtener la más importante y representativa de todos los países. Pero el 5 de noviembre, cuando aún no habían transcurrido dos meses de su nueva condición, el servicio de canje le fue asignado a una dependencia del Consejo Nacional de Educación.

La segunda causa sirvió como elemento indispensable para encarar la misión de transformar esta biblioteca. Paul Groussac, brazo ejecutor en esta nueva misión (dejar de ser la biblioteca de una ciudad para transformarse en repositorio nacional), arrancó con tan eficaz desempeño que, si luego menguó en algunos aspectos, le valió permanecer en tal función cuarenta y cuatro años consecutivo, hasta el día de su fallecimiento. Fue durante su gestión cuando el canje como servicio se reinstaló en la Biblioteca Nacional y luego se le encomendó en especial el canje internacional.

Y la tercera fue otro impulso favorable al aprobar el Congreso Nacional, el 2 de mayo de 1902, la ratificación de lo acordado años antes por la Convención de Bruselas de 1886: establecer *una oficina encargada del servicio de canje* (de acuerdo con el artículo

primero) y, además, ocupar a esta como intermediaria oficiosa *entre las instituciones y las sociedades literarias, científicas, etc. y de los Estados contratantes para la recepción y el envío de las publicaciones* (como se estipulaba en el artículo séptimo).

Otro nuevo acontecimiento internacional que favoreció la política nacional de auspicio de canje de publicaciones fue la convención realizada en 1902 en México, circunscripta a países del Continente Americano. No será mera casualidad, entonces, que en ese mismo año 1902 por decreto ministerial se encomendara el servicio de intercambio internacional a la Sección Canje de la Biblioteca Nacional.

Se conoce por referencia un catálogo para canje de esta época, que por su utilidad efímera tal vez fue concebido con el propósito de reemplazado periódicamente con nuevas entregas. Lo trajo Trenti Rocamora, incluido en su *Aportes para la historia de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y para una lista de sus publicaciones*, dado a conocer en octubre de 1997 por la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos. Este catálogo llevaría por cabeza de portada *Biblioteca Nacional /-/ Oficina de Depósito y Canje*, nombre del organismo y área que lo produjo, y por título principal el de *Catálogo de las obras que se encuentran en mayor cantidad*. Confeccionado por la Imprenta de la Biblioteca Nacional, tendría un total 32 páginas y habría sido publicado en 1902. De confirmarse sería este el primero en su tipo, antecedente lejano de los que aparecerán muchos años después, durante las gestiones de Jorge Luis Borges, Vicente Sierra y Elvio Vitali.

Pero no siempre la situación fue viento en popa. A partir de 1911 *esta sección no figura más en el presupuesto*, denuncia Gustavo Martínez Zuviría en una de sus anuales *Memoria de la Biblioteca Nacional*. Sobre las consecuencias de ello dijo: *desde ese año las otras grandes bibliotecas extranjeras, a las cuales no se les retribuía en ninguna forma sus donativos, tras algunas solicitudes sin resultado, borrarón a la muestra de sus listas*.

Otra memoria posterior, del mismo Martínez Zuviría, permite suponer que el servicio de canje como sección por lo menos sobrevivió de alguna manera, tal vez nominalmente, desde 1914. En 1940 Martínez Zuviría recuerda al ministro de Justicia e Instrucción Pública, Jorge Eduardo Coll, que *Existió la sección canje hasta 1914, que Funcionaba fuera del local de la Biblioteca, en una casa alquilada especialmente para ello a partir de 1890 y que A partir de aquel año /1914/ quedó suspendido, hasta, 1932*. En el reglamento interno de 1931, establecido por Carlos F. Melo a partir del 30 de abril, consta en el artículo 11 que él también se dedicaría a *propiciar la vinculación, intercambio y acercamiento con las instituciones iguales, semejantes o análogas*, tanto nacionales como extranjeras; estableciendo que solamente podrían ser *trasladados o conmutados* del organismo los ejemplares duplicados de libros, diarios y revistas *destinados para el canje*. En cambio, cuando Melo determina las áreas y sus tareas, el canje no está presente en ninguna de ellas. cfr. Mario Tesler *Nuestras dos bibliotecas nacionales y el intercambio de publicaciones. Una manera de enriquecimiento bibliográfico*. Buenos Aires, Peña del Libro, 2005

<sup>14</sup> Esta publicación periódica fue particularmente estudiada en mi libro: *Revistas de la Biblioteca Nacional argentina 1879-2001*. Buenos Aires, Academia Nacional de Periodismo, 2004.

<sup>15</sup> En el t.I: *La Biblioteca*. p. 5-8; *La Biblioteca de Buenos Aires*. (firmado con su inicialónimo P.G.) 9-33/161-193; *Escritos de Mariano Moreno*. p.121.160 (firmado P. Groussac); *La rueda loca*. (firmado P. Groussac) p.291-324; *El litigio anglo-venezolano*. /Primera parte/. firmado P. Groussac p.452-487; *Redactores de "La Biblioteca"* s/f. p.488-491.

En el t. II: *El litigio anglo-venezolano. /Segunda parte/*. (firmado P. Groussac) p.144-160; *Marinas y paisajes americanos*. (firmado P. Groussac) p. 233-260/431-455/584-603; *La paradoja de las "Ciencias Sociales"* (firmado con el inicialónimo P.G.) p.309-320; *Boletín bibliográfico*. (firmado con su inicialónimo P.G.) p.474-480/618-629 (Críticas a: *Los raros*. de Rubén Darío; *Lecciones de filosofía general*. de E. J. Weigel Muñoz.); *Redactores de "La Biblioteca"* s/f. p.631-638.

En el t. III: *Santiago Liniers. /Primera parte/* (firmado P. Groussac) p.112-126/271-312/422-458; *Génesis del héroe*. (firmado con su inicialónimo P.G.) p.137-151 (capítulo de su obra en preparación sobre *El problema del genio en la ciencia y en la historia*.); *Boletín bibliográfico*. p.152-160/477-481 (firmado con su inicialónimo P.G.) (Críticas a: *Recuerdo de la tierra*. de Martiniano Leguizamón; *Reseña histórico descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata*. de Daniel Granada; *El cólera en la República Argentina*. de José Penna.); *Redactores de "La Biblioteca"* s/f. p.482-487.

En el t.IV: *Santiago Liniers. (Continuación)* (firmado P. Groussac) p. 119-162; *Boletín bibliográfico*. (en Quebrada de Lules, datado octubre 1882, firmado P. Groussac) p.163-164/317-328 (Críticas a: *Lecciones sobre historia argentina*. de José Manuel Estrada; *Polémica de la Triple Alianza entre Bartolomé Mitre y Juan Carlos Gómez*; *Escritos póstumos de Juan Bautista Alberdi*; *Esteban Echeverría, la Asociación de Mayo y el Dogma Socialista*; *Traducciones. De Leopoldo Díaz*.); *Santiago Liniers, digresión polémica*. (firmado P. Groussac) p.436-480; *Redactores de "La Biblioteca"* s/f. p. 491-495.

En el t. V: *Marinas y paisajes americanos. (Continuación)* (firmado P. Groussac) p. 122-148; *Boletín bibliográfico*. (firmado con su inicialónimo P.G.) p.153-160/317-320 (Críticas a: *Tesis de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. 1897; Evoluciones navales y táctica de combate*. de Manuel José García.); *El Centenario*. (firmado P. Groussac) p. 287-305; *El drama romántico, Hernani*. (firmado P. Groussac) p. 467-478; *Redactores de "La Biblioteca"* s/f. p.479-483.

En el t. VI: *El hogar desierto*. (firmado P. Groussac) p.96-126 / 286-312; *Bibliografía retrospectiva. El actor Ambrosio Morante*. (firmado con su inicialónimo P.G.) p.152-160; *La educación por el folletín*. (firmado con su inicialónimo P.G.) p.313-324; *Alphonse Daudet. Impresiones personales*. (firmado P. Groussac) p.428-453; *Redactores de "La Biblioteca"* s/f. p.464-467.

En el t. VII: *La herencia*. (firmado P. Groussac) p.94-107; *Boletín bibliográfico*. (firmado con su inicialónimo P.G.) p.130-144/319-320 (Críticas a: *Pratique chirurgicale*. de Andrés F. Llobet; *Lecciones de economía política*. de Félix Martín y Herrera; *Reconocimiento de la Región Andina*. de Francisco P. Moreno); *Redactores de "La Biblioteca"* s/f. P.475-479.

En el t. VIII: *Prosper Mérimée*. (firmado P. Groussac) p.193-212; *Discurso del S. P. Groussac*. p. 227-240 (junto con el de Roque Saenz Peña, bajo el título principal *Por España. Discursos pronunciados en el Teatro Victoria el 2 de mayo de 1898*); *Boletín bibliográfico*. s/f. p.241-243 (Críticas a: *El régimen colonial*. de Juan Agustín García h.; *El Banco Argentino con los señores Unzué*. de Manuel Quintana ); *La desaparición de "La Biblioteca"*. (firmado P. Groussac) p.244-248; *Redactores de "La Biblioteca"* s/f. p.249-285.

<sup>16</sup> Una clasificación de los colaboradores *con criterio generacional*, en razón de su iniciación como autores, permitió a Ernesto J. A. Maeder, cuando en 1962 confeccionó el *Índice general de La Biblioteca (1896-1898)*, afirmar que en *La Biblioteca* se dieron a conocer trabajos de cinco grupos diferentes de colaboradores, siendo de estos los más



nutridos aquellos pertenecientes a las generaciones de 1880 y 1896. En esta oportunidad se optó por su ordenamiento alfabético.

Juan Bautista Alberdi, Carlos A. Aldao, Adolfo Alsina, Martín de Alzaga, Pedro N. Arata, Juan Antonio Argerich, Nicolás Avellaneda, Horacio Beccar Varela, Luis Berisso, Francisco Beuf, Eduardo L. Bidau, Matías Calandrelli, Miguel Cané, Ramón José Cárcano, Pedro A. Cerviño, Ulric Courtois, Rubén Darío (seudónimo de Félix Rubén García Sarmiento), Diego T. R. Davison, Antonio Dellepiane, Luis L. Domínguez, Carlos Doynel, Luis María Drago, Jorge Duclout, Clemente Leoncio Fregeiro, Samuel Gache, Juan Agustín García, Martín García Merou, Joaquín Víctor González, Pedro Goyena, Paul Groussac, José M. Guastavino, Ricardo Gutiérrez, Adolfo F. Horma, Tomás Iriarte, Bernardo de Irigoyen, Amadeo Jacques, Enrique Kubly, Santiago Antonio María Liniers, Lucio Vicente López, Vicente Fidel López, Leopoldo Lugones, Lucio Victorio Mansilla, Alberto B. Martínez, Juan Ángel Martínez, Rómulo E. Martini, Juan Baltasar Maziel, Damián Menéndez, Delio Miranda (seudónimo), Bartolomé Mitre, Manuel Augusto Montes de Oca, Ambrosio Morante, Manuel Moreno, Bartolomé Novaro, Rafael Obligado, Pedro Bonifacio Palacios, Carlos Pellegrini, Abel J. Pérez, José Ponce, Ernesto Quesada, Francisco Ramos Mejía, José María Ramos Mejía, Julio Argentino Roca, Fermín Rodríguez, Carlos Rodríguez Larreta, Enrique Rodríguez Larreta, Matías Romero, Miguel Romero, Roque Sáenz Peña, Adolfo Saldías, Domingo Faustino Sarmiento, Eduardo Schiaffino, Francisco Seeber, William Shakespeare, Francisco P. Súnico, José Antonio Terry, Agustín de Vedia, Dalmacio Vélez Sarsfield, Alberto Williams.

<sup>17</sup> *León Benaros Paul Groussac en el Archivo General de la Nación. Buenos Aires, Archivo General de la Nación, 1998.*

<sup>18</sup> *En el t.I: Prefacio. p. 5-16 (firmado P. Groussac); Noticia de la vida y trabajos científicos de Tadeo Haenke. p.17-57 (firmado con su inicialónimo P.G.); Noticia bibliográfica de don Diego de Alvear y examen crítico de su Diario. p. 195-266 (firmado con su inicialónimo P.G.); A propósito de americanismos. p.385-417 (firmado con el inicialónimo P.G.).*

*En el t.II: Advertencia. p. v-vi (datada en Buenos Aires, 1º de noviembre de 1901 y firmado P. Groussac); Noticia biográfica del doctor don Diego Alcorta y examen crítico de su obra. p.vii-cxviii (firmado con su inicialónimo P.G.); El desarrollo constitucional y las “Bases” de Alberdi. apéndice 2º p.194-287 (firmado con su inicialónimo P.G.); Inauguración de la Biblioteca Nacional. apéndice 2º p. 361 (noticia que antecede a su discurso como director del organismo, firmado con su inicialónimo P.G.); Discurso del Director / Paul Groussac/ al inaugurarse el nuevo edificio de la Biblioteca Nacional. apéndice 2º p.362-382. s/f; Tropezones editoriales. Una supuesta “Descripción del Perú” por T. Haenke. apéndice 3º p.383-403 (crítica al peruano Ricardo Palma, firmado con el inicialónimo P.G.)* *En el t.III: Prefacio. p.v-vii (datado 1º de marzo de 1904 y firmado P. Groussac); Una refutación inédita de la “Representación” de Mariano Moreno. s/f. p.1-9 (Introducción a un manuscrito cuya copia se reproduce a continuación); Santiago Liniers. /Segunda parte/ p.42-266 (todo lo anterior sobre este tema apareció en La Biblioteca, tomos 3 y 4, firmado con su inicialónimo P.G.); Tres cartas inéditas de Bolívar. s/f p.465-478.*

*En el t.IV: Prefacio. p. v-viii (datado en Buenos Aires noviembre de 1905-julio de 1906. Probablemente se trate de un error ya que el tomo apareció en 1905; el texto va firmado con su inicialónimo P.G.); Noticias biográficas de don Juan Francisco Aguirre y examen crítico de su diario. p.ix-xl (firmado con su inicialónimo P.G.); Introducción al “Viaje de un buque*

*holandés al Río de la Plata*". p. 272-370 (firmada con su inicialónimo P.G.), el documento se reproduce en lengua original y traducido al castellano.

En el t.V: *Prefacio*. p. v-viii (en la Biblioteca Nacional, datado octubre de 1908; firmado con su inicialónimo P.G.); *Noticias del P. José Guevara y estudio crítico de la Historia del Paraguay*. p. ix-lxxxvi (firmado con su inicialónimo P.G.)

En el t.VI: *Prefacio*. p. v-vii (firmado P. Groussac); *Les Iles Malouines, nouvel exposé d'un vieux litige*. s/f p. 401-550 (en Buenos Aires, datado enero-febrero de 1910).

En el t.VII: *Prefacio*. p. v-viii (en la Biblioteca Nacional, datado marzo de 1911).

En el t.VIII: *Prefacio*. p. v-viii (firmado con su inicialónimo P.G. y no P. Groussac, como aparece en la muy importante *Contribución a la bibliografía de Paul Groussac*, de la que es autor Juan Canter, publicada en varias entregas por el *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana*); *La expedición de Mendoza*. p.ix-clxxviii (firmado con su inicialónimo P.G.); *La patria de Solís*. s/f p.366-386; *Toponymie historique des côtes de la Patagonie*. s/f p.387-425 (en cierto modo este trabajo es una continuación del publicado en el t.VI sobre el litigio argentino-británico en torno a las Islas Malvinas; esto lo explica el autor en el *Prefacio* del t.VII, al respecto dijo que *ese debía contener un estudio histórico jurídico sobre los territorios australes, /pero / hemos tenido que interrumpir su redacción por considerar necesaria la consulta previa de algunas fuentes originales, ó sea europeas, antes de formular conclusiones definitivas. No es sino suspensión temporaria, y pueden nuestros lectores confiar en que no nos resignaríamos sin esfuerzo á dejar incompleto é inédito un ensayo que representa muchas horas de labor y, á nuestro juicio, no carecerá de utilidad.*)

En el t. IX: *Prefacio*. p. v-viii (en la Biblioteca Nacional, datado octubre de 1914, firmado P. Groussac); *Ruy Díaz de Guzmán. Noticia sobre su vida y su obra*. s/f p.ix-liii; *Notas a "La Argentina"*. s/f p.247-346 (en la nota a pie de página n° 6 denuncia su autoría, al remitir a una nota suya anterior publicada en el t.VIII); *El desamparo de Corpus Christi*. s/f p.347-373; *El mapa atribuido á Díaz de Guzmán*. s/f. p. 472-479.

En el t. X: *Prefacio*. p. v-vi (en Buenos Aires, datado marzo de 1916?; firmado con su inicialónimo P.G.); *Juan de Garay*. s/f. p.ix-ccc.

<sup>19</sup> *Luego, otros historiadores se sirvieron de tal caudal y lo aprovecharon, también en silencio, cimentando su fama de "investigadores". Todos continuaron ocultando el "tesoro documental" que explotaban, y hubo alguno que habló de sus "sacrificios", de sus viajes a la Madre Patria, de los esfuerzos paleográficos para descifrar la letra encadenada, cuando estaban ya interpretados los textos, desarrolladas las abreviaturas e incluso algunos ¡"escritos a máquina"! op. cit.*